LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.	TRIMESTRE.
Madrid.....	35 pesetas.	18 pesetas.	10 pesetas.
Provincias.....	40 id.	21 id.	11 id.
Portugal.....	8.400 reis.	4.300 reis.	2.300 reis.

AÑO XVI.—NÚM. IV.

DIRECTOR-PROPIETARIO, D. ABELARDO DE CÁRLOS.

ADMINISTRACION, CARRETAS, 12, PRINCIPAL.

Madrid 24 de Enero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION.	AÑO.	SEMESTRE.
Cuba y Puerto-Rico.....	12 pesos fuertes.	7 pesos fuertes.
Filipinas.....	15 id.	8 id.
En las demás Américas...	L. E.—3	L. E.—1-12/,

SUMARIO.

TEXTO.—Revista general, por don E. Martinez de Velasco.—Antigüedades: El collar de oro de Mellid, por don Aureliano Fernandez-Guerra y Orbe, de la Academia Española.—El general Gaminde.—Monseñor Guibert, arzobispo de Paris.—Un escrito inédito de don Alberto Lista (continuacion).—La casa del Príncipe.—Los viernes en Palacio: El banquete.—El para-rayos, por don José J. Landerer.—El bandido Gasparoni.—El espíritu del siglo, novela (continuacion), por don Ramon de Navarrete.—Un dia de viento.—Fœderis arca, poesía, por don Manuel del Palacio.—Crónica musical, por don Luis Navarro.—Breve reseña histórica de Montevideo (continuacion), por don Miguel Lobo.—Los lebreles, por X.—El castigo del cepo, en Inglaterra.—Monumento al general Prim.—España en Cuba.—Anuncio.

GRABADOS.—Retrato del general Gaminde y Lafont.—Collar de oro de Mellid.—Retrato de monseñor Guibert, arzobispo de Paris.—Proyecto de monumento en honor del general Prim: Vista en perspectiva.—Madrid: Inauguracion de la casa-asilo para los hijos de las lavanderas.—Madrid: Los viernes en Palacio: El banquete.—Tipos romanos: El bandido Gasparoni y sus compañeros.—Un dia de viento, paisaje del natural.—Lebreles de caza.—Isla de Cuba: Canoa apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes.—Inglaterra: El castigo del cepo por embriaguez.—Isla de Cuba: Bandera apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes.—Proyecto de monumento en honor del general Prim: Planta baja.

REVISTA GENERAL.

SUMARIO.

I. EXTERIOR.—*Francia.*—La proposicion de Mr. Picard.—El impuesto sobre las materias primeras.—El presidente de la república entre Mr. Barthe y Mr. Feray.—Dimision.—Las damas de la Alsacia.—El emperador del Brasil.—*Alemania.*—La separacion de M. Mulher.—*Inglaterra.*—Agitacion en Irlanda.

II. INTERIOR.—Apertura de las Córtes.—¿Cuál será el fin?—Movimiento literario.—*El Argos.*

III. TEATROS.—NACIONAL.—*El Profeta*, de Meyerbeer.—CIRCO.—*Valdeza obliga*, drama de don Antonio García Gutierrez.

IV. SALONES.—*Soirées* aristocráticas.—Bailes públicos.

La Francia continúa disfrutando del privilegio de llamar la atencion de los hombres políticos de Europa, privilegio que tal vez le ha sido concedido á causa de las recientes desgracias de que ha sido triste víctima.

Empecemos por decir que la proposicion de Mr. Esnesto Picard ha sido *enterrée* por la Asamblea nacional: la derecha de la Cámara la ha rechazado con desden, y hasta los individuos que forman el centro izquierdo, reunidos el viernes último en Versalles, consideráronla como soberanamente inoportuna.

Mr. Picard proponia:

1.° Proclamacion definitiva de la república.

2.° Renovacion por terceras partes de la Asamblea nacional.

3.° Creacion de una segunda Cámara.

Y dicho está, con enunciar sencillamente los deseos del diputado ultra-republicano, que su proposicion sublevó los ánimos de los monárquicos, y no satisfizo á los que tienen aspiraciones republicanas.

Porque en verdad, la república que quiere Mr. Picard, no es la república *dictatorial* de Mr. Gambetta, ni la república *radical* y anárquica de Mr. Mottu, ni siquiera la república *aparente* de Mr. Thiers. Es una república *formalista*, si puede hablarse de este modo, que desagrada á casi todos los republicanos franceses y rechazan desde luego los monárquicos, ya sean legitimistas, ya orleanistas, ya fusionistas.

Esto no hay que dudarlo; y la prueba de aquello se encontrará en seguida leyendo atentamente la controversia que se agita, á propósito de la cuestion Picard, entre *La République française*, de Gambetta, y *Le Radical*, del ciudadano Mottu, el famoso destructor de las cruces y de los crucifijos.

Excmo. Sr. D. Eugenio de Gaminde y Lafont, tomado de una fotografía de G. Laranza (pág. 31).

Para éste, sobre todo, la república de Mr. Picard es una vaga *imágen de la república* que no responderia á las necesidades del país.

«Hoy—dice Mr. Mottu, bajo su firma—cuando la Francia está cansada de *gobiernos*, es necesario que la autoridad ceda el puesto á la libertad.»

A lo cual responderán lógicamente los partidarios de la *Commune:*

—¡Es verdad! Eso mismo queremos nosotros: álcese la libertad (la libertad que ellos proclaman, bien entendido) sobre el roto pedestal de la autoridad, y despues... ¡todavia no se habrá acabado el petróleo!

Mr. Picard ha tenido mala fortuna; pero su proposicion inoportuna sirvió al ménos para demostrar cumplidamente que en Francia existen cinco partidos republicanos—¡una miseria!—con aspiraciones opuestas, y que se hacen guerra á muerte.

El país los conoce ya.

⁂

El dia en que escribimos esta *Revista*, anuncia el telégrafo la dimision del ministerio francés, y añade que el presidente de la república persiste en retirarse.

Hé ahí la consecuencia legítima del empeño que ha manifestado Mr. Thiers en la aprobacion del impuesto sobre las materias primeras, impuesto que rechazan de consumo la mayor parte de las ciudades de Francia y los representantes de la nacion, á juzgar por las demostraciones que tienen lugar diariamente, y de que dan cuenta detallada los diarios franceses.

Mr. Marcel Barthe propone que sea aprobado el impuesto sobre las materias primeras, como un complemento destinado á equilibrar el presupuesto: el presidente de la república, pide entónces que se apruebe la proposicion de Mr. Barthe; y cuando ya se creia seguro del triunfo, otro diputado, de la derecha, Mr. Feray, propone que sea reservado el principio del impuesto, hasta que una comision encargada de examinar los medios propuestos para la nivelacion de los presupuestos, reconozca la imposibilidad de equilibrarlos de otro modo.

La Asamblea decide, y Mr. Thiers, colocado entre las proposiciones de Mr. Barthe y de Mr. Feray, ve con dolor que los representantes del país rechazan la primera y aprueban la segunda, por 377 votos contra 307.

¿Y Mr. Thiers se retira? ¿Y el ministerio presenta la dimision?

Pero la Asamblea, asustada quizá de su propia obra, declara casi por unanimidad que tal votacion no implica desconfianza hácia Mr. Thiers, y se niega á aceptar la dimision de éste.

Y—¡claro está!—Mr. Thiers contesta en seguida que consiente en sacrificar su amor propio en aras del bien de la patria, y confiesa nuevamente, y es la segunda vez, que permanecerá al servicio de la Asamblea y del país.

¿Y los ministros?—Tambien retiran las dimisiones, y hasta Mr. Pouyer-Quertier, ministro de Hacienda, no insiste en la suya, aunque la opinion pública, y áun la pureza del buen régimen parlamentario, la exijan.

Pero ¿quién no ve, á través de estos sucesos, que la marcha política de la Francia se precipita de una manera inesperada?

⁂

Entre tanto, las damas de la Alsacia acaban de iniciar una patriótica suscricion.

Ellas, las que viven en un territorio que ya no pertenece á la Francia, pero que son francesas de corazon, invitan á todas las señoras á suscribirse por una cantidad pequeña, para aumentar los fondos destinados á pagar por completo la indemnizacion de guerra, y librar al país de la ocupacion alemana.

Y este nobilísimo proyecto es secundado en la hora presente por las damas de todos los departamentos franceses, y se forman comités entusiastas, y el movimiento se propaga hasta los pueblos más escondidos de la nacion, con todos los caractéres de un verdadero *elan* nacional.

«Que cada uno ofrezca—dice á este propósito *Le Constitutionnel* y repite *La France*—la décima parte de sus rentas, la centésima de su fortuna actual, y bien pronto se elevará la suma á más de 3.000 millones de francos.»

Y los resultados serian brillantes, en tal caso, y decisivos: la evacuacion del territorio por los batallones prusianos, un empréstito oneroso evitado, alza considerable de los fondos públicos, acrecentamiento instantáneo de la riqueza mueble é inmueble, disminucion de los impuestos, y lo que es más digno, el respeto y la consideracion del mundo entero.

Todas las clases rivalizarian, es seguro, en patriotismo, porque todos los franceses se impondrian un sacrificio proporcionado á sus respectivos recursos.

Las damas de la Alsacia, cuyos corazones laten por la Francia, iniciadoras de este noble proyecto, van á ser declaradas por la Asamblea nacional, dicen varios periódicos, beneméritas de la patria.

⁂

El emperador del Brasil permanece todavia en París, y examina detenidamente y estudia con cuidado los diferentes rasgos que forman la fisonomía especial de la gran ciudad.

Pocos dias hace visitó la biblioteca del Arsenal, y hojeó los libros, los manuscritos, las ediciones más raras que allí se custodian: biblias de los siglos XIII, XIV y XV, adornadas con pinturas de varias escuelas, llamaron particularmente su atencion, y una riquísima coleccion de manuscritos, pertenecientes á casi todos los reyes de la Francia, desde Carlo Magno hasta Enrique IV.

Dícese que al ver un autógrafo de Luis IX, cubierto aún con una teda de seda y oro de la época del mismo rey, don Pedro no *fué dueño de contener un movimiento* de admiracion, y exclamó:

—¡Qué bella reliquia!

⁂

Ya es un hecho la dimision del doctor Mulher, ministro de Instruccion pública y de Cultos en el gabinete de Berlin.

Desde hace algun tiempo, varias señales habian indicado que era bien falsa la posicion de aquél; y aunque *La Gaceta de la Cruz* negaba los rumores que circulaban sobre la dimision de Mr. Mulher, cuya longevidad administrativa era proverbial en Alemania, todos sabian que las horas del ministro estaban contadas.

Sobre todo, desde que fué sometido á la aprobacion de las Cámaras el último proyecto de ley, destinado á retirar al clero la inspeccion exclusiva de los establecimientos de instruccion primaria, sin anuencia del Consejo evangélico superior, cuyo miembro principal y verdadero inspirador era Mr. Mulher.

Sucédele el doctor Falk, de ideas enteramente opuestas á las de aquél, y no es extraño que este suceso, que seria bien insignificante en las naciones meridionales, haya tomado en Alemania las proporciones de un acontecimiento.

⁂

A la par, no cesan en Inglaterra las agitaciones interiores.

Al *Home rule movement* de Irlanda, se ha añadido ahora otra nueva agitacion producida por la reforma escolar, y el miércoles último ha tenido lugar en Liverpool una demostracion imponente.

La instalacion de los lords-maires ha proporcionado una ocasion á casi todas las ciudades de la verde Erin de manifestar la *cordial* antipatía que profesan á la Inglaterra, y en Limerick, cuando el nuevo *maire* hizo una alusion ligeramente simpática al príncipe de Gales, estalló entre el pueblo que escuchaba el discurso de aquel funcionario una furiosa tempestad de silbidos, á través de los cuales se oian no pocas maldiciones á Mr. Gladstone, y entusiastas vivas á Mr. Pigott, redactor del *Irishman*, condenado á cuatro meses de prision por un artículo separatista.

Dígase lo que se quiera, en el heterogéneo cuerpo de la Gran Bretaña se presentan síntomas alarmantes.

⁂

Hablemos ahora de nuestra patria querida, y deploremos ántes que sean tan estrechos los límites que se nos han trazado; porque si interés revelan las noticias del exterior que dejamos apuntadas, son más interesantes todavía para los pobres españoles (víctimas *velis nolis*, como suele decirse, de esa quisi-cosa que en otras naciones recibe, con algun fundamento, el nombre de política) los sucesos que ocurren en la corte de las Españas.

Ahora mismo, en los momentos en que trazamos estas líneas, librase ruda batalla parlamentaria entre los radicales y sagastinos, y ¡plegue á Dios que, andando los dias, no sean colgadas, como dice un vate,

«las togas y las mucetas
donde estaban los aceros!»

Preparóse aquella en tertulias, y casinos, y clubs, en las columnas de periódicos adversarios, y acaso tambien, á pesar de los anatemas lanzados en cierta ocasion famosa, en las blancas mesas, opíparamente servidas, del *restaurant* de Fornos.

Ambos partidos se llaman liberales, ambos tambien con igual empeño se apropian el dictado de progresistas: mas vienen á las manos con inusitado brio, y pretenden sacar incólumes, entre las ruinas que amontona la borrascosa lucha, sanos principios de órden y de gobierno.

Reunion general en sesion preparatoria, de los representantes del país; reunion parcial de los diputados sagastinos, reunion de senadores y diputados radicales, reunion de ex-ministros unionistas, reunion de republicanos... cinco reuniones diferentes (con un solo fin todas ellas) se celebraron en esta coronada villa en el breve espacio de veinticuatro horas.

Porque el asunto, en verdad, lo merecia; que no es pequeña ganga, dentro del régimen constitucional, obtener un decreto para disolver Córtes *ingobernables* y conquistar por ende algunas doradas poltronas ministeriales... por labrar la ventura de la patria.

Comienza, en fin, la pelea; dictase, á través de interrupciones y de murmullos, la exclusion de diez nueve diputados que han recibido, en el interregno parlamentario, limpias credenciales de pingües sueldos, y...

—¡Tiene la palabra el señor presidente del Consejo de ministros!—exclama el que lo es del Congreso.

Nuevo discurso-programa, aplaudido por unos, desdeñado por otros.

Mas han pasado las horas de reglamento, y el presidente del Congreso se olvida de preguntar á los diputados si se prorroga la sesion.

Cuestion: los radicales la aprovechan, el ministerio la hace de gabinete, y 171 votos contra 121 derriban al ministerio Sagasta-Topete.

Esto es lo que ocurre en el palacio del Congreso en la hora en que el regente de nuestra imprenta viene á arrancarnos la pluma para dar principio á la tirada del presente número.

—Pero ¿cuál será el fin?—nos preguntarán acaso algunos lectores.

Y quizá no seria pesimista quien, recordando las lecciones que ofrece la historia contemporánea, contestase:

—El de siempre.

⁂

Y ménos es nada, si al fin les queda á las personas de buen gusto el derecho de recrear su ánimo y á de fortalecerlo, con la lectura de esas bellas obras literarias que acaban de salir de la prensa madrileña.

Porque *Cosas que fueron*, del observador Alarcon; *Cuadros contemporáneos*, del correcto y elegante Castro y Serrano; *Manzana de oro*, del ingenioso Selgas, y las *Obras* del malogrado Becquer, libros son en cuyas páginas aspira el alma suavísima fragancia.

Acentúase—lo decimos con júbilo—el movimiento literario, y parece como que quiere llegar á las regiones—¡cosa rara!—de los periódicos políticos.

Sirva de ejemplo *El Argos*, en cuya cuarta plana, dedicada exclusivamente á las señoras, se publican en todos los números artículos de no escaso mérito, lindas composiciones poéticas y sueltos delicados.

Y séanos lícito decir, ya que de este periódico hablamos, que nos place, á fuer de españoles, el modo magistral con que trata los asuntos que están relacionados con nuestras posesiones ultramarinas, por los grandes conocimientos que revela acerca de la política, del estado social y de la vida económica de aquellos.

⁂

Vamos á concluir, que el espacio nos falta, dirigiendo una rápida ojeada sobre las diversiones que aparecen en risueña perspectiva delante de las gentes del *beau monde*.

Il Propheta, la magnífica obra de Meyerbeer, de veces anunciada en el teatro Nacional de la Opera, y suspendida luégo por enfermedad de dos artistas, quizás se habrá cantado y aplaudido cuando este número llegue á poder de nuestros suscritores; y quizá tambien habrán sido recitados, en la escena del Circo, los entonados versos de *Nobleza obliga*, nuevo drama con que el laureado autor de *El Trovador* y *Venganza catalana* ha enriquecido la literatura dramática.

Además, bailes de máscaras en casi todos los teatros, y amenísimas *soirées* en los salones más elegantes de la corte, anuncian la proximidad de los días consagrados al bullicioso Momo.

—¿Quién, pues, se atreve á hablar de penas?

E. MARTINEZ DE VELASCO.

22 de Enero de 1872.

ANTIGÜEDADES.

EL COLLAR DE ORO DE MELLID.

Las voces *torques* y *torce*.—Militares premios de egipcios, griegos y romanos.

Al adorno del cuello que hoy muy propiamente llamamos collar, dijeron *torques* los latinos, por ser de metal retorcido los primeros collares.

En el renacimiento greco-romano del siglo XVI pudo muy bien el docto arzobispo de Tarragona, don Antonio Agustin, usar el vocablo latino, escribiendo: «*las torques*, como cadenas ó argollas de oro:» y traducir de este modo á Virgilio el diligente Gregorio Hernandez de Velasco:

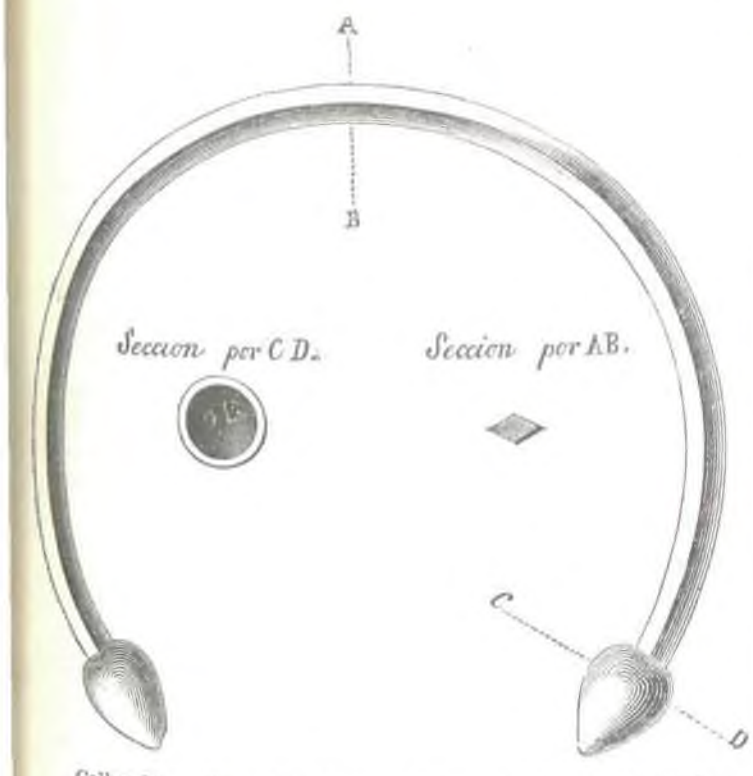
> Le pende atados por el pecho abajo,
> una cadena de oro en *torces* vuelto.

Nombróse, en aquel tiempo, *la torce* á la vuelta ó eslabon de alguna cadena ó collar, y tambien al collar mismo; pero al instante los vocablos *las torces* y *las torques* fueron perdiendo su uso entre los sabios latinistas, y áun entre los mismos afectados gongorinos, por tener el castellano otra voz más exacta, sonora y significativa.

Paréceme, pues, que no andarian acertados nuestros anticuarios si con pretexto de ciencia quisieran renovar la voz latina, pues siempre fué locura dejar la mujer propia, honrada y hermosísima, por la ajena, fea y arlequinada; y cuando no se debe reducir á corto número de personas el gustar de lo bello y de lo fácil. Hay que ser parcos en el tecnicismo; y recordar cómo se burló Quevedo de los que deseaban pasar por científicos llamando *petroselinum*, *pastinaca*, *tragoriganum* y *leontopétalon* al peregil, zanahorias, orégano y coles; y cómo se mostró cruel con el doctor Leon, en Alcalá, fray Dionisio Vazquez, sosteniendo ser propio en su tiempo el oscurecer lo claro, de cuantos en muchas cosas no sabian nada, en algunas poco, y en esas erraban mucho.

Admitamos en buen hora los nombres griegos y latinos expresivos de cosas que no le tienen adecuado en nuestra lengua. Digamos *clámide*, *toga*, *peplo*, *lituo*, porque no hay otro modo de señalar tales objetos; pero al collar, ¿por qué no llamarle collar? El error subiria de punto si hoy quisiéramos cambiar el sexo, haciéndola masculina, á la palabra *torques*, femenina en latin, y como femenina usada por nuestros mayores hace tres siglos. Pero basta de gramatiquerías.

Collar de oro y no otra cosa digo al lindísimo collar que en Febrero de 1869 adquirió la Real Academia de la Historia, y sobre el cual tuve entónces la honra de manifestarle mi parecer. Se halló á siete kilómetros de la villa de Mellid, parroquia de Santiago de Jubial, partido judicial de Arzúa, provincia de la Coruña, sitio que llaman el *Campo de la Matanza*. De oro muy puro, con peso de seis onzas, una ochava y diez y ocho gramos, su aro es de seccion cuadrangular, y termina con sendas bellotas huecas sin ninguna labor. De la una á la otra resulta interrumpido el aro por un espacio á propósito para que se pudiera adaptar al cuello el collar la persona que llevó este distintivo honroso de algun hecho de armas.



Collar de oro de Mellid (*torques aurea*), hecho exactamente á la mitad del tamaño del original.

Pocos años hacia que en el partido judicial de Carballo pareció otro igual, aunque falto de uno de los remates; y se discurrió entónces largamente sobre si tales alhajas podrian ó no ser de los normandos, ó de tiempos antehistóricos, y á qué matanza aludiria el campo referido. A mí me parece el collar más antiguo que las correrías de los normandos, y muchísimo ménos que las primitivas sociedades.

En siglos remotos se usaron las medallas, brazaletes y collares como premio de bélicas proezas, sirviendo aquellos signos para levantar sobre el vulgo á hombres singularísimos, valientes y hazañosos. La Biblia, y juntamente los monumentos egipcios, nos brindan á una con insigne prueba de ello, que ya cuenta nada ménos que treinta y siete siglos de antigüedad.

Leemos en el Génesis, cómo alcanzando el patriarca José la privanza con Faraon, 1715 años ántes de la era cristiana, al hacerle éste su ministro y valido, se quitó de la mano el anillo real y lo puso en la del patriarca, le vistió una ropa de finísimo lino, y le echó al cuello un collar de oro, *torques aurea*, que dice el sagrado texto. Durante doce siglos, desde el XVIII al VI, menciona la Biblia tales honrosos distintivos en la edad de los patriarcas y de los jueces, en la de Salomon y en tiempos de Isaías, Ezequiel y Daniel.

Veamos qué nos dicen los monumentos epigráficos.

Lo mismo: que entre los egipcios un collar de oro, recibido de las propias manos del monarca, delante de todo el ejército, era envidiable recompensa del valor; y que del collar pendia el simulacro de un leon, cual nos le diseñan varias esculturas antiquísimas, ó el de la abeja, que en la escritura jeroglífica significa la dignidad real. Ofrécenos irrefragable testimonio de ello (contemporáneo al patriarca José) la célebre inscripcion de El-Kat, interpretada por Mr. de Rougé y transcrita por el doctor Brugsch en su *Historia del Egipto*, siglo XVIII ántes de nuestra era, donde se lee que Ahmés, cabo de los nadadores, ganó peleando en el agua el collar de oro y la distincion de oir elogios honoríficos en los labios del rey.

Los persas llevaban retorcidos collares de oro, muy grandes y gruesos, figurando en el guerrero del célebre mosáico de Pompeya dos serpientes que se van á morder.

Muchas y muy varias fueron las recompensas que daba Roma al ardimiento militar, por lo comun tomándolas de las que usaban los pueblos por ella subyugados, y dejándose, como en todo, arrastrar del espíritu de asimilacion.

Aceptó por bandera el *águila* oriental, que afirma Quinto Curcio fué la enseña de Dario. Multiplicó las clases de *coronas*, siguiendo el uso ateniense, al decir de Valerio Máximo. De los sabinos copió los *brazaletes*; y asimismo el cetro ó pica sin hierro (*hasta pura*), atributo de Marte. A los españoles debió la *lanza*, segun Varron, denominada así por la ciudad de *Lancia*, en los astures; y les debió juntamente la *espada* corta, ya recta, ya falcada, como asegura Polibio. La insignia que se llamó *phaleræ*, nombre usado siempre en plural, especie de venera ó medalla con la cabeza de una deidad, ó un mascaron, ó una escultura de asunto mitológico, venia de los griegos, entre los cuales vemos que Homero, Esquilo y Sófocles dicen φάλαρα á los adornos de los cascos. Esta voz se limitó luégo á expresar los medallones con que se adornaba la frente de los caballos y la correa que descendia sobre el petral. Pero constantemente para los griegos las *faleras* se estimaban objetos de puro lujo, sin la determinada significacion que tuvieron entre los romanos.

Cuando Roma, dejando su primitiva rudeza, tomó de la Etruria las artes suntuarias, entónces apareció el boato de las sillas curules, de los haces de varas atados, con un hacha en medio, que llevaban al hombro los lictores; de los anillos de oro, de las faleras, collares y aparatos de triunfo, como aliciente importantísimo para las grandes empresas. Entónces se fijó la atencion de los repúblicos en discurrir medios que alentasen el esfuerzo y halagasen la vanidad humana.

Dos clases de *premios militares* se establecieron entónces, á saber: *mayores* y *menores*. Aquellos, para los capitanes de ejércitos, legados consulares, legados pretorios de las legiones, tribunos y prefectos; los menores para centuriones y oficiales subalternos. Eran *premios mayores* las coronas murales, áureas, navales, y de primero en forzar la trinchera (*vallaris*), el cetro ú *hasta pura*, y la bandera (*vexillum*). *Menores* los collares, brazaletes, faleras, y en muy señaladas circunstancias las coronas. Sin embargo, tribunos y prefectos alguna vez obtuvieron por premio brazaletes y collares.

De recompensas tales solian á veces tomar apodo capitanes bizarrísimos. Tito Manlio, 350 años ántes de la era cristiana, habíase apellidado *Torquato* y hecho famoso en la historia, quitando á furibundo galo su ensangrentado collar (*torques*) y poniéndoselo al cuello.

Admírase Aulo Gelio, en sus *Noches Áticas*, de la multitud de premios que obtuvo Sicinio Dentato: nada ménos que ocho coronas de oro, y una obsidional, y tres murales, y catorce cívicas; por ochenta y tres veces ganó *collares*; brazaletes, por más de ciento sesenta; lanzas y faleras, en más de veinte ocasiones.

Los romanos que recibian por premio de su valor dos ó tres retorcidos collares y cinco ó seis faleras, colocábanlos sobre el pecho, simétricamente y desde los hombros: algo parecido á lo que hacen hoy nuestros soldados con las cruces, medallas y cintas obtenidas por acciones de guerra.

Nevio, Livio, Propercio, Estacio, Silio y Juvenal, cuentan los collares de oro y las faleras entre los mejores adornos de valentísimos soldados; y Cornelio Tácito, en el segundo libro de sus *Historias*, se goza contemplando á Vitelio vencedor sobre fogoso caballo, seguido de infinitas legiones y cohortes por el puente Milvio, donde las galas de los soldados, las faleras y collares de oro, centellean á los rayos del sol haciendo famosa vista.

Dionisio de Alicarnaso, al describir las alhajas de Sicio, procura notar así la diferencia entre el collar y la falera: «Los collares (*torques*) son anulares y *retorcidos*; las faleras, anchas y planas. Aquellos rodean el cuello, se ajustan á él y permanecen fijos; las faleras caen suspendidas sobre el pecho y se agitan á cualquier movimiento del soldado. Los collares se labran de oro purísimo; las faleras no tienen de oro sino los clavos que las sujetan á la coraza.»

Augusto premió á un veterano de Accio con faleras, brazaletes y collares; y Suetonio hace reparar que este emperador, pródigo de insignias de valor intrínseco, fué muy avaro en otorgar coronas de laurel, estimándolas inmensamente superiores á toda material riqueza.

Desde los tiempos de Septimio Severo y Caracalla desaparece como recompensa militar la importancia de los collares en forma de aro elegante y sencillo; y los reemplazan medallones de grandísimo precio, unidos unos á otros á manera de toison, donde lo principal vienen á ser la materia y el arte. En aquella hora acotan por suyo las mujeres tan rico y vistoso ornato, y desvirtúan la significacion del premio. Pero como extremasen el hacer ostentacion de tales faleras en cuello y vestidos, nació el burlesco apodo de *mujer faleráda* á la ridículamente oprimida de moños, adornos y preseas. Ya en el siglo de los Escipiones calificó Terencio de *phalerata dicta* las palabras hinchadas, ostentosas y vanas.

En resolucion, una de las militares condecoraciones más prodigadas desde los tiempos de Augusto á los de Septimio Severo, fué el collar de oro en forma de cerco elegante y sencillo.

El que posee la Real Academia de la Historia, ni tiene la bárbara rudeza de los monumentos prehistóricos, ni el desaliño y aspecto de los fabricados en tiempo de la República libre. Hacíanse entónces redondos, de extraordinario grueso; pulimentábanse toscamente, y ostentaban labores á punzon, de más ó ménos depurado gusto, como he tenido la suerte de ver en algunos muy preciosos, encontrados no léjos de la ciudad de Vitoria.

El collar de oro de Mellid, así por la delicadeza y gallardía del aro, de seccion cuadrangular, como por lo hueco de la bellota y la elegancia de su perfil, ha de referirse muy aproximadamente á los tiempos de Trajano. Gran número de soldados españoles militaron por aquellos dias al frente de los ejércitos, desde el Támesis al Danubio, y dejaron en infinitos monumentos sepulcrales eterna memoria de sus hazañas. No pocos de estos valientes debieron querer, al morir en su patria, que no se apartasen de sus mortales restos los collares, faleras y coronas, premio de su valor: riquezas que, por el sumo respeto á la ley, no habia temor entónces de que la avaricia insensata las arrancase del sepulcro.

AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE.

EL GENERAL GAMINDE.

En la página primera publicamos un parecido retrato, copia de fotografía, del Excmo. Sr. D. Eugenio de Gaminde y Lafont, capitan general de Cataluña, nombrado ministro de la Guerra en el gabinete que preside el señor Sagasta, de cuyo alto cargo no ha tomado posesion, como es sabido, á causa de la enfermedad que dicho señor padece.

Ya en otra ocasion, al hablar de los deplorables acontecimientos ocurridos en Barcelona y Gracia, en Abril de 1870, hemos consignado en las páginas de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA algunos da-

FRANCIA.—Monseñor Guibert, nuevo arzobispo de Paris (pág. 52)

tos biográficos relativos á este general, cuya probada energía y excelentes cualidades militares reconocen todos, hasta sus mismos adversarios políticos.

Militando en las filas del partido liberal, trabajó no poco para el triunfo de la revolucion de Setiembre, y quizá por esta causa fué condecorado en Diciembre de 1868 con la gran cruz del Mérito militar por servicios especiales; en 3 de Noviembre de 1869 obtuvo tambien la gran cruz de Cárlos III, y en el mismo año la de San Hermenegildo.

No hay necesidad de referir aquí la triste historia de la sublevacion de Barcelona en 1870, con motivo del sorteo para las quintas, y bien presentes deben de estar en la memoria de los españoles los buenos servicios que el general Gaminde prestó en aquella ocasion á la causa del órden, ahogando en breves dias una insurreccion formidable y amenazadora.

Fué ascendido en el mismo año al empleo de teniente general de ejército, y continuó desempeñando la capitanía general del principado de Cataluña.

Hoy, como ya hemos indicado, se halla en Barcelona convaleciendo de una enfermedad bastante grave, al decir de los periódicos noticieros, y es de suponer que dentro de breves dias, si las circunstancias políticas no variasen, tomará posesion del elevado cargo que le ha sido conferido últimamente.

MONSEÑOR GUIBERT, ARZOBISPO DE PARÍS.

Este ilustre prelado, uno de los más virtuosos y sabios de la Iglesia católica en Francia, ha sido llamado (como ya saben nuestros lectores) por el gobierno de Mr. Thiers y preconizado por Su Santidad Pio IX para reemplazar á monseñor Darboy, el noble y desgraciado mártir de la Roquette, en la sede arzobispal de París.

Necesario es—dice á este propósito un escritor parisiense,—necesario es tener un alma bien templada para aceptar un puesto tan lleno de peligros en los tiempos presentes.

Porque París, centro de todas las virtudes, pero más aún de todas las malas pasiones, tiene sus dias de locura y de cólera, de embriaguez y de desesperacion, y parece como que se empeña en abatir todo lo que es grande, todo lo que es superior.

Nosotros hemos visto, en los infaustos dias de la *Commune*, que el insigne monseñor Darboy daba su vida por el rebaño cuya custodia le estaba encomendada, y perdonaba á los asesinos que acaudillaba el despreocupado Ferré; nosotros recordamos que monseñor Affre cayó, en 1848, bajo las balas de los insurrectos, en una barricada, mientras se esforzaba en predicar la concordia é invocaba la caridad cristiana; nosotros, en fin, tambien hacemos memoria de que monseñor Sibour, otro ilustre prelado parisiense, fué asesinado por un criminal fanático en la iglesia de Saint-Etienne-du-Mont.

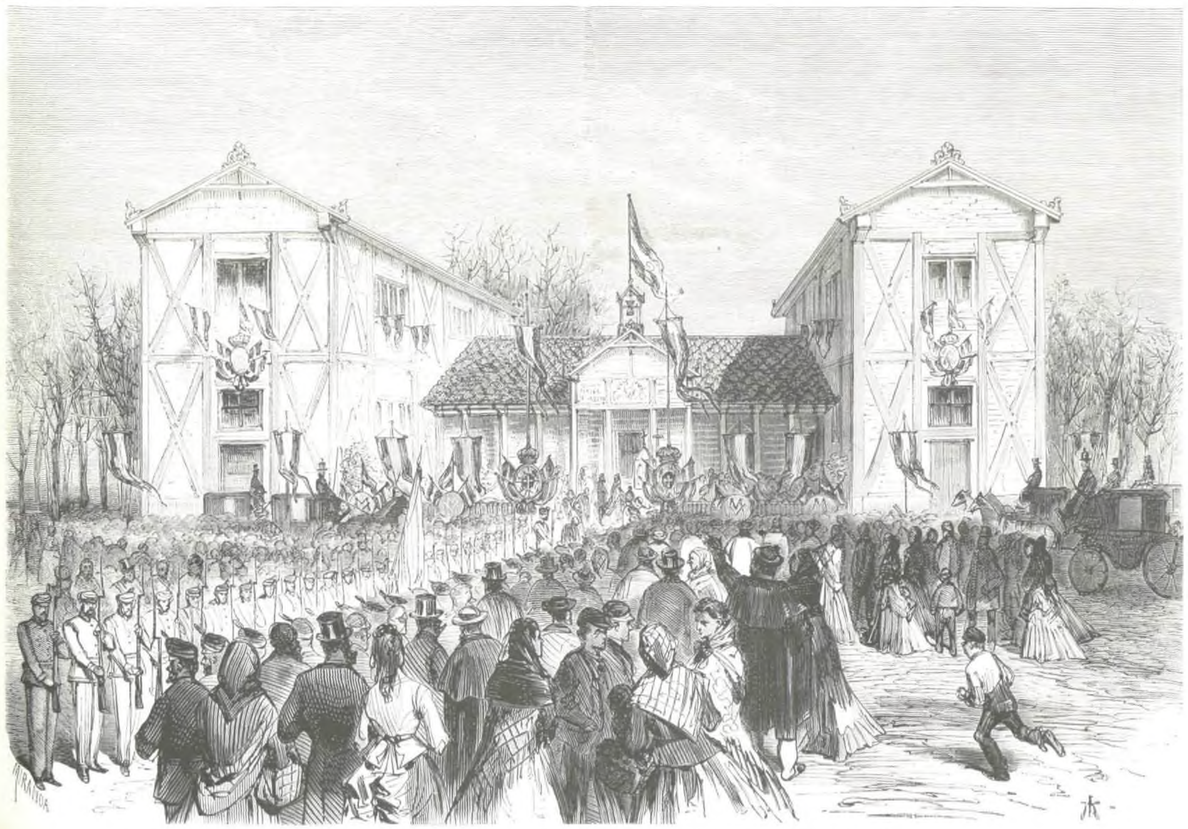
Preguntará quizás la historia contemporánea:

¿Es, por desgracia, la elevacion á la sede arzobispal de París una señal indudable con que la Iglesia de Francia marca á aquellos á quienes reserva la gloria del martirio?

Pero este pensamiento, que surge naturalmente de la consideracion de los hechos dolorosos que acabamos de recordar, no es bastante, aunque sean ciertos los peligros, para intimidar á monseñor Guibert, antiguo obispo de Viviers, elevado en 1857 á la sede arzobispal de Tours.

Porque el digno prelado (hijo de la Provenza, de Aix, donde nació en 13 de Diciembre de 1802) tiene un espíritu demasiado elevado y un corazon todo lleno

BARCELONA.—Proyecto de monumento en honor del general Prim.—Vista en perspectiva (pág. 64).



[illegible] las hijas de las lavanderas (pág. 55)

de valor evangélico para no retroceder jamás, si los acontecimientos lo exigieren, delante del deber cristiano de dar la vida por los fieles.

Él, que ha aceptado el honor, acepta igualmente el peligro.

¡Ojalá que las rudas pruebas que ha sufrido Paris sean las últimas! ¡Ojalá no se repitan los crímenes espantosos cometidos en nombre de la gran ciudad!

En la pág. 52 aparece el retrato, copia de fotografía, del preclaro arzobispo, á quien, por lo demás, ya hemos dedicado otro pequeño artículo en el número XXXV de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del año próximo pasado.

UN ESCRITO INÉDITO DE D. ALBERTO LISTA.

(Continuacion.)

MORAL.

Tomo II, página 67. Trata del celo religioso que los autores de libros de caballería atribuyeron á sus héroes, y cita numerosos pasajes que lo demuestran.

Tomo IV, página VIII del prólogo de la segunda parte de *Don Quijote*. Habla en él Cervantes de *la ocupacion continua y virtuosa* de Lope de Vega, que en sentir del comentador, era la de escribir para el teatro. Con este motivo observa, que los más célebres dramaturgos y los fundadores del teatro español pertenecieron al clero secular ó regular. Juan de la Encina, Torres Naharro, Bernudez, Lope de Vega, Miguel Sanchez, llamado *el Divino*, Miradamescua, Calderon, Solis y otros de ménos nombradía que cita, fueron sacerdotes. Añade á estas noticias la de las discusiones frecuentes sobre los vicios del teatro, y de las disposiciones gubernativas para corregirlos, concluyendo con las reflexiones del elocuente Jovellanos sobre esta materia.

Tomo VI, página 464 y siguientes. Habla de los agüeros; y copia un hermoso pasaje de la *Crónica de Don Pedro niño*, lleno de reflexiones juiciosas y filosóficas, superiores á las luces del siglo en que se escribieron. A la misma clase pertenece la supersticion de las varillas de virtudes, mencionadas en la nota de la página 276. Estas varillas han sido muy célebres desde la de Circe, ó por mejor decir, desde la de Mercurio, que parece haber sido el tipo de las demás. Ya en la página 268 habia dado noticia de los que eran tenidos en tiempo del autor del *Quijote* por grandes mágicos y nigromantes.

Tomo VI, página 378. Con motivo de la fingida muerte de Altisidora, cita un gran número de personas de uno y otro sexo, muertas sin violencia ni suicidio por la fuerza misma de la pasion amorosa. Cita tambien á Quevedo, que vió junto al trono de la muerte á muchos, que estaban ya *para acabar de amor... y á puros milagros del interés resucitaban.*

LITERATURA.

Tomo II, página 429. Se explica el orígen del cuento de la pastora Torralba. Las investigaciones del señor Clemencin lo hacen subir á la literatura oriental. La primer vez que apareció en la europea esta conseja, fué en una obra latina intitulada *Proverbiorum seu clericalis disciplinae libri tres*, su autor Pedro Alfonso, judío converso de Huesca.

Tomo III, página 136. Habla de las colecciones de refranes castellanos. La *más conocida* es la de Hernan Nuñez Pinciano, llamado el *Comendador griego*, que murió en 1553.

Tomo II, página 235. Cita, de los héroes andantescos, los que se celebran en sus historias como buenos poetas y músicos; y manifiesta cuánto aprecio tuvieron entrambas profesiones en la corte de Castilla desde San Fernando, que gustaba de los *trovadores*, y *cantaba quien lo hacia bien* y *quien no*, como dice su hijo don Alonso el Sabio.

Tomo II, página 388. Enumera los libros de invencion y entretenimiento, que precedieron en España al *Quijote*.

Tomo IV, página 49. Es bien conocida en nuestra historia literaria la tradicion del *Buscapié*, papel que se supone escrito por Cervantes para excitar la malignidad del público y buscar compradores del *Quijote*, diciéndoles que los personajes de esta novela no eran imaginarios, sino verdaderos é históricos con nombres fingidos, y que en ella se satirizaban las empresas y galanterías del emperador Cárlos V y de otros hombres célebres de su época. El señor Clemencin, en la nota de la página citada, desmiente la hablilla del *Buscapié*, por la falsedad de la causa que se le atribuye, que es el mal despacho del *Quijote* en sus principios: pues sólo en el primer año de la publicacion de la primer parte se hicieron cuatro ediciones de ella, y el mismo Cervantes dice en la segunda, que *su libro habia salido al mundo con universal aplauso de las gentes.*

Tomo IV, página 340. Dáse noticia de las academias poéticas privadas más célebres que hubo en España despues del renacimiento de las letras; y fueron la *Sualtaleria*, fundada en Madrid en 1586, de la cual fué individuo, con el título de *Barbaro*, el famoso poeta aragonés Lupercio Leonardo de Argensola; la *Selvaje*, tambien de la corte, en 1612, á que perteneció Lope de Vega; la de los *Nocturnos*, fundada en Valencia en 1591, y la de los *Anhelantes* de Zaragoza.

Tomo IV, página 451. Aquí hay una nota de crítica literaria muy apreciable. El comentador hace elogios merecidos del episodio de la Cueva de Montesinos. En esta parte de la fábula quiso imitar Cervantes el descendimiento al Averno de Ulises y de Eneas, y las aventuras caballerescas de castillos y personas encantadas; pero no teniendo á su disposicion ni los dioses de Grecia y Roma, ni los nigrománticos de la Edad Media, se valió del sueño de un loco para hacer verosímil la narracion más poética, más copiosa en imágenes de toda clase, más rica en elocucion que se halla en toda su admirable obra. «Se aprovechó (dice el »señor Clemencin) de las antiguas hablillas, creidas »en el país de su héroe: las amalgamó con las noti»cias de los romances tambien antiguos que andaban »en boca de todos, sobre Montesinos, sobre Duran»darte, y los amores de éste con Belerma: combinó »estas circunstancias del error y del capricho con las »reales y físicas del nacimiento del Guadiana, de las »lagunas de donde nace, de su desaparicion y su se»gundo nacimiento, de la calidad de sus aguas y »pesca: añadió de la fértil y florida vena de su inge»nio la existencia, no mencionada en los romances y »consejas populares, del escudero Guadiana, de la »dueña Rodriguela, de sus sobrinas é hijas: la transfor»macion de aquel en rio y de éstas en lagunas: hizo in»tervenir en estos sucesos á Merlin, reputado padre de »la mágia en la opinion del vulgo europeo; y de todos »estos elementos, aglomerando lo natural, lo alegó»rico, lo ridículo y lo caballeresco, formó la aventura »más feliz y más poética del *Quijote*.»

Tomo V, página 35. Trata de los errores populares, no sólo en España, sino tambien en el resto de Europa, acerca de la astrología judiciaria.

Tomo V, página 102. Cita las palabras de Abraham Ortelio, que dieron algun crédito á la fábula vulgar de que todos los insectos que se alimentan del cuerpo humano, perecen al pasar el meridiano de las Azores; bien que el autor del *Quijote*, que quiso ridiculizar esta necedad, colocó en el ecuador el término de la vida de estos insectos.

Tomo V, página 377. Trata de la muerte, sepulcro y epitafio del Ennio español Juan de Mena.

Tomo VI, página 296. Es muy singular y apreciable esta nota. Háblase en ella de una adicion manuscrita, hecha en Alemania al *Quijote*, con el título de *Capítulos de mi Don Quijote de la Mancha, no podidos publicar en España*: palabras que ya por sí manifiestan el poco conocimiento de su autor en el idioma castellano. El señor Clemencin se abstuvo de calificar esta falsificacion, y se contentó con indicar las aventuras contenidas en dichos capítulos; pero hasta tan leve noticia para convencernos de cuán dispe[illegible] la empresa ha sido y será en todos tiempos tocar á la péñola que dejó Cervantes colgada en la espetera.

Tomo VI, páginas 202, 203, 210. No se contentó tan fácilmente nuestro sabio comentador en las notas relativas al rival de Cervantes, que tan ridículamente celebró Avellaneda. Censura el mal lenguaje, el pésimo gusto, la falta de urbanidad, de gracia y de decencia en el pseudo-continuador del *Quijote*: y se admira como nosotros del elogio que hace de él en la aprobacion de la moderna edicion suya, don Agustin Montiano y Luyando, que llegó hasta decir: *no es frio y sin gracejo como Cervantes*. Esto decia el que creyó haber regenerado el teatro español con sus dos tragedias *Atanfo* y *Virginia*. Tales son ellas. En las bellas letras todo está enlazado, y no era posible que hiciese buenas tragedias el que tan depravado gusto tenia.

Tomo VI, páginas 440, 441. Tambien es interesante la enumeracion de nuestros poetas, por la mayor parte bucólicos, que celebraron á sus amadas bajo nombres fingidos. La especie de desden con que se mira en la actualidad la poesía pastoral, tan cultivada por nuestros mejores poetas y novelistas, es una moda de Francia introducida en la literatura española. Pe[illegible] los franceses tienen justo motivo para desacreditar [illegible] género en que nada sobresaliente han producido: [illegible] otros, imitándolos ridiculamente, condenamos al ol[illegible] do y al desprecio una gran parte de las riquezas [illegible] nuestro Parnaso. Otro tanto se hizo á mediados [illegible] siglo pasado, y tambien, por seguir la moda franc[illegible] con nuestro tesoro dramático del siglo XVII.

Hemos reservado para el fin de este artículo [illegible] notas del tomo III, relativas á la célebre conversa[illegible] entre el cura y el canónigo, y del canónigo con [illegible] Quijote, que recayeron en parte sobre la litera[illegible] novelesca, y en parte sobre la teatral. En cuanto [illegible] juicio de los libros de caballería, el señor Clemen[illegible] está al pié de los discursos de los dos cuerdos y [illegible] loco, todos los desatinos á que se refieren, com[illegible] sando para ello la literatura andantesca, tan co[illegible] en tiempo de Cervantes, y tan rara en el nuestro, [illegible] el laborioso esmero del señor Clemencin en sus n[illegible] es de absoluta necesidad, pues sin ellas parec[illegible] mayor la locura de Cervantes en impugnar desm[illegible] desconocidos ya de nosotros, que la de su héro[illegible] acometer los molinos de viento.

En cuanto á la literatura dramática, confesamos [illegible] el señor Clemencin que las reflexiones de Cerva[illegible] sobre los defectos de las comedias de su tiempo, [illegible] todas juiciosas y prueban su buen gusto y ex[illegible] conocimiento de los modelos de la antigüedad; [illegible] admiramos tambien con el mismo docto comenta[illegible] con otros eruditos que le precedieron, de que [illegible] hombre tan instruido como el autor del *Quijote*, [illegible] biese escrito, contra su misma doctrina, drama[illegible] monstruosos, y lo que es peor, tan insipidos, [illegible] los que produjo al teatro.

No es tan cierto que en la crítica que hizo, tu[illegible] por principal objeto satirizar á Lope de Vega, á q[illegible] tanto elogia á pesar de sus defectos; y mucho m[illegible] que la emulacion ó el despecho hubiesen dirigid[illegible] pluma. En la censura que hace, ni es irónico ni c[illegible] tico, contra su estilo natural. Ni se hallan sólo e[illegible] comedias de Lope los defectos que crítica: eran [illegible] nerales en todos los dramáticos de su siglo. Par[illegible] contrarlos, bastábale á Cervantes leer sus propia[illegible] medias. Si estaba instruido en las reglas del arte [illegible] despreció cuando componia, hizo lo mismo que L[illegible] que *encerraba los preceptos con seis llaves*, s[illegible] gados uno y otro por el gusto del público.

Debe hacerse otra reflexion. Lope no debió su [illegible] lebridad á sus comedias *históricas* ni á las *dire*[illegible] en las cuales se notan la mayor parte de los des[illegible] censurados por Cervantes: sino á las que entónc[illegible] llamaron de *capa* y *espada*, como *La esclava d[illegible] galan*, *La moza de cántaro*, *De corsario á co[illegible] rio*, y otras mil de este género, de las cuales [illegible] han sido imitadas por los dramáticos franceses de [illegible] nota, y otras se representan aún en nuestros te[illegible] con aplausos no desmentidos.

La verdad es que ni Cervantes ni el mismo L[illegible] conocieron el nuevo sendero de poesía dramática [illegible] abrió este felicísimo ingenio, guiado solamente po[illegible] instinto y por el del público para quien compo[illegible] No es aquí oportuno tratar una cuestion tan lar[illegible] delicada: baste decir que casi á un mismo tie[illegible] crearon Lope de Vega y Shakespeare los teatros [illegible] sus naciones, y dieron cada uno al suyo un car[illegible] propio y original.

Citaremos aquí otras notas de literatura teatral [illegible] se hallan en el tomo IV. Una de ellas es sobre [illegible] *bobos* y *graciosos* de nuestras comedias. Los pri[illegible] ros divertian al público con sus patochadas y m[illegible] dades, muy semejantes á las de los *arlequines* [illegible] lianos, de que hubo un teatro en tiempo de Felip[illegible] Este príncipe gustaba mucho de sus gracias. E[illegible] nota de la página 125 del mismo tomo se hace me[illegible] ria de *Trisbalo*, personaje de dicho teatro ita[illegible] establecido en la corte de España. El *gracioso*, [illegible] mado al principio *donaire*, fué introducido por L[illegible] de Vega en su comedia la *Francesilla*: en este p[illegible] empleaban los autores dramáticos todas las sales d[illegible] elocucion festiva y familiar y de la sátira picare[illegible] Ultimamente, en la nota de la página 399, recu[illegible] las diferentes composiciones dramáticas en que s[illegible] introducido el personaje de Don Quijote, siendo la [illegible] mera que se cita *Las bodas de Camacho el ric*[illegible] Melendez Valdés, y observa que ninguna de las [illegible] se conocen, y lo mismo se puede inferir proba[illegible] mente de las que se han perdido, es tolerable. La[illegible] con Cervantes no es dado ni á los prosistas ni á [illegible] poetas.

(Se concluirá.)

LA CASA DEL PRÍNCIPE.

Con este mismo epígrafe hemos publicado en el número XXI de LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA del año último, un bello dibujo que conmemoraba la inauguracion solemne de las obras para un asilo de beneficencia fundado por el príncipe don Manuel Filiberto, y destinado á guardar los hijos, menores de cinco años, de lavanderas en el rio Manzanares, durante las horas que las madres dediquen á las penosas faenas de su oficio.

Hoy tenemos que dar cuenta de la inauguracion de la casa-asilo, que ha sido terminada por completo en el breve espacio de cuatro meses, acto verificado en la tarde del 13 del corriente, y del cual es un fiel traslado el dibujo primero de la pág. 53.

Los reyes y el príncipe niño se presentaron á las doce y media de la tarde, acompañados de los ministros, gobernador civil, y alcalde popular de Madrid, diputados, jefes de Palacio, ayudantes de S. M. y otras muchas personas distinguidas; y fueron recibidos por el clero parroquial de San Márcos, con todas las ceremonias de uso en tan solemnes casos, y bendijose en seguida el oratorio por el señor vicario de Madrid, con arreglo á las prescripciones del ritual romano.

Despues de terminada esta ceremonia religiosa, la real familia visitó la casa-asilo, y fué victoreada repetidas veces por las numerosas gentes que presenciaron el acto, en especial por aquellas á cuyos hijos está dedicado el pequeño edificio que acababa de inaugurarse.

Las augustas personas se retiraron luégo, y renováronse los vítores y aplausos.

El edificio es sencillo: tiene planta baja y principal; atravesando un pequeño jardin se pasa al oratorio, sobre cuya puerta se lee esta inscripcion: *Alabad, niños, al Señor: alabad su nombre*; y debajo de una regular escultura que representa al Redentor del mundo, colocada sobre el frontis del portal de entrada, hay esta otra: *Niños, venid á mí.*

En dos departamentos se divide el interior: el uno para los niños de lactancia, con pequeñas camas de hierro, limpias y mullidas, y el otro para los párvulos, con bancos.

Otra sala, con varias camas, está destinada á servir de casa de socorro para las lavanderas que sufrieran algun accidente repentino; en ella se les prestarán los primeros auxilios facultativos por el médico del Patrimonio encargado del distrito de la Casa de Campo, y la farmacia de Palacio deberá facilitar las medicinas necesarias.

Segun se ve por la breve descripcion que antecede, se ha atendido con especial cuidado á que la casa-asilo llamada del Príncipe responda exactamente al objeto benéfico de su fundacion.

LOS VIERNES EN PALACIO.

EL BANQUETE.

Cumpliendo lo ofrecido en el número anterior, publicamos en la pág. 56 un dibujo del conocido artista señor Miranda, que representa uno de los banquetes oficiales que se vienen celebrando periódicamente en el real alcázar, desde hace algunos meses, en las noches de los viernes.

Nada más deberíamos decir en este suelto.

Pero es una verdad, por desgracia, aquella copla de un popular poeta:

»..... en Madrid de todo se habla
y de todo se hace crítica:
de dia, de noche, y siempre
lenguas mordaces se afilan.»

Somos francos, y plácenos hablar muy claro en ciertas ocasiones.

Cuéntase por algunos que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA publica dibujos alusivos á hechos en que intervienen nuestros reyes, porque (¡óigase bien!)... porque recibe para ello una subvencion pecuniaria de la Tesorería de Palacio.

De manera que, discurriendo con la lógica que usan esos individuos de *lengua afilada*, debemos tambien recibir subvencion del bandido Gasparoni, y áun de los lebreles del vizconde de Dax, porque en este mismo número precisamente damos á luz dos grabados relativos á aquél y á éstos.

Mas para contestar directamente á los murmuradores, declaramos:

Que LA ILUSTRACION ESPAÑOLA Y AMERICANA no ha solicitado, no solicitará, no tiene y no quiere subvencion de nadie, y que en el registro de suscritores al citado periódico aparece una suscricion por un solo ejemplar á favor de la Mayordomía mayor de Palacio.

Todo lo contrario: en todas partes se franquean las puertas á nuestros redactores y artistas cuando tratan de tomar apuntes para consignar un hecho en LA ILUSTRACION, y solamente en Palacio han tropezado aquellos con ciertos obstáculos que no se explican.

Por lo demás, bástanos el favor, cada dia más grande, que se digna dispensar á nuestro semanario el público ilustrado de España y de América, y solamente para corresponder á este favor hacemos conmemoracion en nuestras páginas de los hechos más notables que ocurren en el mundo, ya tengan cumplimiento en alcázares de reyes, ya en humildes cabañas de pobres labradores.

Conste así.

EL PARA-RAYOS

POR JOSÉ J. LANDERER.

De todas las aplicaciones de la electricidad estática, ninguna entraña mayores utilidades que el para-rayos, que ha venido á proporcionar un medio tan sencillo como eficaz para preservarse de los desastrosos efectos de la tempestad, y constituir de esta suerte la aplicacion más grandiosa de cuantas ha producido el vasto estudio de la ciencia eléctrica.

Un para-rayos consta esencialmente de una barra metálica colocada verticalmente, terminada en punta por la parte superior, y puesta por la inferior en comunicacion con el suelo por medio de alambres ó de cadenas.

Generalmente la barra es de hierro, dándosela una longitud de 8 á 10 metros, y un diámetro de 5 centímetros en el extremo inferior, que va disminuyendo gradualmente hasta terminar en punta muy afilada por el extremo opuesto. Esta barra, situada en la region más elevada del edificio que se trata de preservar, se pone en comunicacion directa con el suelo á expensas del *conductor*. Así se llama el enlace metálico que la une con el suelo, y que está compuesto por una reunion de alambres de hierro, ó mucho mejor de cobre, formando entre todos un haz de 1 á 2 centímetros cuadrados de seccion. La extremidad superior se recubre de una ligera capa de platino, de plata ó de cualquier metal inoxidable que impida el deterioro incesante del hierro expuesto al aire libre, barnizándose lo restante de la barra y del conductor hasta su punto de contacto con la tierra con una sustancia impermeable como la pintura al aceite. Importa mucho que el conductor comunique bien con el suelo, pues de otra suerte la eficacia del aparato seria nula ó negativa.

Para lograrlo se suelda una plancha metálica ó un rail al extremo ramificado del conductor, y se introduce en un pozo de 3 á 4 metros de profundidad en los terrenos mejor conductores, como por ejemplo, á orillas del mar, de un lago ó de un rio, esto es, cuando pueda abrigarse la seguridad de que las tierras circundantes están constantemente impregnadas de humedad. En los terrenos peor conductores, bien por su elevacion sobre el nivel del mar, bien por pertenecer á formaciones ígneas, como en los terrenos graníticos, y en todos los cristalinos, ó en fin, en los metamórficos y en los sedimentarios muy antiguos, el pozo ha de ser más profundo, y áun en este caso debe rellenarse el espacio que media entre las paredes y el conductor con carbon de piedra ó de cisco fuertemente apilado.

Un para-rayos bien construido con arreglo á todos los preceptos de la física, no es un aparato de gran coste; sin embargo, todavía le es bastante para que su uso se generalice entre las clases ménos acomodadas, y sobre todo en los campos y en las aldeas; y como la barra de hierro sea principalmente lo más difícil de adquirir, no hay duda que si posible fuera sustituirla por otra sustancia más accesible, quedaria obviado aquel inconveniente. La teoría de la electrizacion por influencia, y la residencia superficial, real ó aparente, de la electricidad estática, me han conducido á la idea de construir para-rayos de madera recubiertos de zinc, idea que publiqué por primera vez en la Revista científica *Les Mondes*, y que reposa, como se acaba de iniciar, en la propiedad que posee la electricidad estática de residir ó de propagarse sobre la superficie de los cuerpos, de donde resulta que un conductor macizo produce el mismo efecto en nuestro caso que otro metálico hueco; y como entre la conductibilidad del zinc y del hierro existe la relacion $\frac{24,1}{12,1}$ habrá ventaja en sustituir la barra metálica maciza por otra mucho más gruesa de madera, afectando la forma de cono muy prolongado, y recubierta de una plancha de zinc, ó si se quiere de plomo. La disposicion general del sistema permanece por lo demás invariable.

Ya se adopte el sistema que propongo, ó ya el ordinario de las barras de hierro, siempre interesa conocer de tiempo en tiempo si la union del conductor con la tierra subsiste bien establecida. Entre los diversos métodos empleados para llegar á este resultado expongo el siguiente, absteniéndome empero de preconizarlo como el mejor, por la sencilla razon de ser fruto exclusivo de mis estudios, ó al ménos que no he visto reproducido en ningun tratado especial ni elemental de física.

Hácese comunicar la barra con el suelo á expensas de un conductor adicional de un solo hilo metálico, que se sepulta á una distancia cualquiera, pero fija, del pozo, y á una profundidad bastante considerable para que la resistencia entre ambos puntos permanezca sensiblemente invariable. Aplicando á este circuito, que puede cerrarse á voluntad, un galvanómetro y una pila de resistencia y fuerza electro-motriz conocida, basta solamente hacer uso del cálculo para saber si la intensidad de la corriente experimenta ó no variacion. En efecto: la intensidad de una corriente está en razon inversa de la suma de resistencias del circuito, segun la ley de Ohm, y traduciéndola al lenguaje del álgebra, se tiene

$$I = \frac{E}{R + r}$$

para un solo elemento, siendo E la intensidad de la corriente cuando la suma de resistencias interiores y exteriores es igual á la unidad, R la resistencia de la pila, que es la que importa conocer de antemano para determinar el valor de I incógnito, pues *r* ó resistencia del circuito exterior equivale á la suma de resistencias de la tierra y del alambre conjuntivo, y se repite evidentemente en todas las experiencias. Observando el galvanómetro en diversas épocas separadas por un tiempo indeterminado, se comprende bien que conociendo las resistencias y las fuerzas electro-motrices de las pilas empleadas, se tienen datos suficientes para determinar los valores de I en todos los casos. Y áun puede añadirse, que empleando exclusivamente pares de una misma naturaleza, se hace inútil el conocimiento de E, con lo cual se simplifica de un modo notable la operacion.

Dadas las cantidades E y R, cualquier pila puede servir para el objeto; sin embargo, se hace preferible bajo muchos conceptos la de Callaud, cuyas buenas cualidades son tales, que no puedo ménos de exponer los resultados que confirman esta conclusion, y obtenidos por experiencias que he verificado recientemente en Tortosa. El 8 de Setiembre de 1870 fueron montados dos elementos Callaud en una estacion, y otros dos en otra, dispuestos en série, siendo el circuito exterior un hilo de cobre de un milímetro de diámetro y de 118 metros de longitud. Las intensidades observadas en la brújula en una estacion han sido sucesivamente:

1870. 8 Setiembre...	28°	1871. 8 Enero.....	31°
20 »	29	31 Enero.....	30
10 »	30,5	11 Febrero.....	29,5
30 Octubre.....	31	1.° Marzo.....	29
20 Noviembre...	32	20 »	28,5
10 Diciembre...	32	4 Abril.....	28
		30 »	26

En la estacion contigua las desviaciones han dado lugar á séries análogas. Las observaciones desde mediados de Noviembre á fines de Diciembre indican la lentitud y la regularidad de los acrecimientos; y como es una ley general que toda cantidad que pasa por un máximo ó por un mínimo experimenta las menores variaciones cuando se halla en las cercanías de este máximo ó de este mínimo, fácil seria deducir que habria de conservarse largo tiempo estacionaria la mayor intensidad, decreciendo luego en órden inverso en virtud del mismo principio, como efectivamente ha sucedido.

Los pares de que me he servido tienen un zinc cuya superficie vale 32c × 16c, y las dimensiones del vaso de vidrio 29c de altura por 13c de diámetro. La resistencia de esta pila la he encontrado igual á 7,8, tomando por unidad de resistencia una columna de mercurio de 1 metro de longitud por 1 milímetro cuadrado de seccion. El valor de E difiere apenas del de la pila de Daniell, si bien es innecesaria esta cantidad cuando se tiene presente lo dicho más atrás.

La teoría del para-rayos se entiende sin dificultad recordando la de la electrizacion por influencia. Al pasar por encima del aparato una nube cargada de electricidad, positiva por ejemplo, repele el flúido del mismo signo, que se pierde en el suelo por el conductor, y atrae hácia la punta el de signo contrario; pero á causa del *poder de las puntas*, el flúido acu-

MADRID.—Las vísperas en Palacio: el lampate (pág. 55).

TIPOS ROMANOS.—El bandido Gasparoni y sus compañeros (pag. 58).

mulado vence la resistencia del aire y se combina con el positivo de la nube, la cual queda así reducida al estado néutro ó descargada. Puede acontecer, aunque con poca frecuencia por fortuna, que la electricidad proporcionada de este modo no baste á neutralizar aquella, en cuyo caso la chispa estalla entre la nube y el extremo afilado del para-rayos; pero áun en este caso puede abrigarse la seguridad de que el sistema metálico será el único en recibir la descarga, fundiéndole ó no, segun la tension de la electricidad.

Vése, pues, que el para-rayos no hace más que proporcionar á la atmósfera flúido de nombre contrario que tiende á neutralizarla, conclusion que sorprende ciertamente á las personas poco versadas en el estudio de las ciencias, pues de ordinario se cree que el rayo es una cosa sólida que *cae*, segun la expresion vulgar, sobre la tierra, destruyendo á su paso los cuerpos con que tropieza.

Demostrada teóricamente la eficacia del para-rayos, no hay que decir que la experiencia ha venido á confirmarla de una manera concluyente. Francia, Inglaterra, Bélgica, Suiza, y en general los países más cultos, aquellos en que habiendo alcanzado mayor desarrollo los conocimientos científicos se encuentran en condiciones las más ventajosas para comprender los beneficios que al saber se deben, registran en sus estadísticas un número relativamente pequeño de víctimas causadas por la tempestad. Por el contrario, en España, en que estos aparatos son raros, sobre todo fuera de los grandes centros de poblacion, las desgracias personales son numerosas, y por no citar más que un ejemplo de dolorosa memoria para los que hemos vivido cerca del lugar de la escena, basta recordar lo ocurrido hace pocos años en el pueblo de Benasal (Castellon), donde el rayo destrozó el campanario y la cúpula de la iglesia, ocasionando directamente muchas víctimas.

El círculo de proteccion de un para-rayos tiene un radio dos veces mayor que su altura. Fuera de este espacio, convendrá envolverse en una tela de seda ó aislarse sobre sustancias mal conductoras, como el vidrio y las resinas. En el campo deberá huirse de los árboles solitarios, ó acogerse en los bosques á los más resinosos, como los pinos. Conviene además hacer desterrar la costumbre que se conserva todavía en algunos pueblos de tocar las campanas, en tanto dura la tronada; no porque el sonido influya en la direccion de la descarga, sino porque la cuerda y el que á ella se coge constituyen un para-rayos imperfecto, con gran peligro de jugar un papel tan triste como importante en la recomposicion de las dos electricidades. Si el fin de esta práctica se reduce á llamar á los fieles al recogimiento avisándoles que se aproximan momentos solemnes, ¿qué mejor que el retumbo del trueno puede anunciarles de que el fuego del cielo está encendido sobre el mismo cenit? El espectáculo que ofrece entónces la naturaleza entraña un sello tan manifiesto de sublimidad, que allí, como en todas las armonías del Cosmos, aparece infinito el poder de AQUEL en cuyas manos descansa la existencia de los mundos.

Puesto que de la tempestad se trata, no será fuera de propósito demostrar lo infundado de una opinion harto exagerada en nuestros dias, de que la proximidad de las estaciones telegráficas es un peligro permanente cuando estalla la tormenta. Los circuitos telegráficos pueden ser de dos modos; ó completamente metálicos, ó formados por la tierra y un solo hilo que enlaza las dos estaciones. Lo primero sucede siempre que la distancia entre ambas no excede de 300 á 600 metros; lo segundo cuando la distancia es mucho más considerable; pero lo propio en uno que en otro caso, es fácil venir en conocimiento de lo que sucede á la aproximacion de una nube electrizada.

Si la tierra forma parte del circuito, se origina una corriente que se propaga por el alambre, perdiéndose en el suelo de las dos estaciones, contribuyendo no poco á descargar el hilo la naturaleza estática de esta electricidad que se trasmite fácilmente á través de los postes, y tanto mejor, cuanto más húmedos se hallen por efecto de la lluvia que acompaña de ordinario al meteoro. A veces la tension eléctrica es muy enérgica, y en circunstancias excepcionales llega á causar terribles destrozos; pero generalmente se limita á fundir el hilo fino del para-rayos introducido en el circuito, quedando á salvo el receptor.

El para-rayos empleado en las líneas telegráficas consta de dos planchitas de metal provistas de puntas que se miran, y de un hilo fino de hierro encerrado en un tubo de vidrio de 8 centímetros de longitud.

Cuando el circuito es corto no hay ventaja en hacer servir á la tierra como conductor, y entónces es completamente metálico, no entrañando ningun peligro, como lo demuestra el buen éxito alcanzado por la red de telégrafos domésticos establecidos en París y en otras capitales del extranjero. Queriendo por mi parte asegurarme de que la accion que ejerce una nube tempestuosa sobre estas redes circunscritas es nula ó despreciable, he observado repetidas veces durante fuertes tempestades, y en dos localidades distintas, Onda (Castellon) y Tortosa, la brújula anexa á un circuito de cobre de 180 metros de longitud, no habiendo notado en la aguja la más ligera desviacion. Resulta, pues, bien demostrado por la teoría y la experiencia, que una estacion telegráfica de esta clase no corre más riesgo que un edificio cualquiera, y mucho menor, desde luego, si éste lleva grandes piezas metálicas, como techos, canales, tubos de conduccion ó chimeneas, que nunca han despertado temor entre las personas más preocupadas.

EL BANDIDO GASPARONI.

Vean nuestros apreciables suscritores, en la página 57, los retratos exactos, copiados de fotografía, hecha en Roma, del famoso bandido Gasparoni, y de algunos individuos de su partida, terror en otro tiempo de la hermosa campiña que riega el Tiber.

¿Quién no ha oido hablar de Gasparoni? ¿Quién no conoce este célebre facineroso retratado de mano maestra, como piensan algunos críticos, por el popular Alejandro Dumas en el Luiggi Vampa, cuyas *hazañas* se refieren en varios capítulos de *El Conde de Monte-Cristo?*

Gasparoni era el tipo de esos bandidos italianos que asesinan, sin escrúpulo de conciencia, al descuidado viajero, por robarle algunas piastras, y rezan luégo devotamente el rosario ó las *Ave-Marías*, arrodillados ante una imágen de la *Madona*.

Hubo un dia, sin embargo, en que los gendarmes pontificios descubrieron la guarida en que se ocultaba Gasparoni con su gente—una bella quinta situada en las cercanías de Roma: sitiáronle aquellos, y la partida quedó prisionera.

Encerrados entónces los bandidos en oscuros calabozos del castillo de Sant-Angelo, allí permanecieron por espacio de muchos años, como sepultados en vida, sin ver la luz del sol ni aspirar el aire puro de los campos; y allí permanecerian todavía, es muy probable, sin la entrada de las tropas italianas en la capital del mundo católico.

Mas el rey Víctor Manuel, que señaló con algunos hechos de clemencia el triunfo de la anhelada unidad de Italia, mandó poner en libertad á Gasparoni y á los pocos individuos de la partida que áun vivian.

Gasparoni frisa ya en los ochenta años: es alto, robusto, de fisonomía expresiva, con luenga barba blanca, y de mirada todavía chispeante y vivísima.

Ahora, el antiguo bandido, que habita una linda casita en las afueras de Roma, hace una vida patriarcal y sencilla: cualquiera diria al verle que se hallaba delante de un honrado campesino.

EL ESPÍRITU DEL SIGLO.

NOVELA DE COSTUMBRES CONTEMPORÁNEAS,

original

DE D. RAMON DE NAVARRETE.

CARTA QUINTA.

MARÍA Á JULIA.

17 de Noviembre.

Cárlos de Aguilar se casa:—era de esperar.—Ilustre por su talento, simpático por su figura, no le faltaba para hacer un matrimonio brillante sino una posicion elevada, y esa la tiene hoy, merced á la herencia de su tío.

Deseo que sea venturoso: mas ¿lo será? ¿Es digna de él la mujer que ha elegido?—No vacilo en asegurar que no.

Conoces á la condesa viuda de Peñalver, y sabes si puede comprender el valor del hombre que se une á ella. Si se ha enamorado,—lo cual dudo,—será de la arrogante figura del poeta millonario, no de sus buenas cualidades, ni de sus atractivos morales, que ella es incapaz de apreciar.

Nadie, Julia, ha podido estudiar cual yo su elevada inteligencia, su gran corazon, su excelente carácter. Cárlos merecia algo mejor que la esposa que la suerte le ha deparado. ¿Qué mérito encuentra á esa mujer frívola, coqueta, maldiciente, despreocupada?—Hermosura?—Aurora Moureal ha cumplido treinta y dos años; ha perdido la frescura, la juventud, en una existencia agitada y tempestuosa, y es hoy lo que se llama una mujer *fanée*.—¿Talento?—Aurora tiene algo que se parece, pero que no lo es;—travesura, viveza de imaginacion, experiencia.—¿Dinero?—¡Ay! la voz pública asegura que la brillante y seductora Condesa,—segun dicen los cronistas y revisteros en sus artículos sobre bailes,—la brillante y seductora Condesa ha disipado la mayor parte de lo que heredó de su padre y de su marido, en trapos, ó sean *toilettes*, en viajes y en fiestas.

Cada una de las que suele dar en su palacio de la calle de Fuencarral le cuesta un ojo de la cara, ó mejor dicho, una hacienda de su antiguo patrimonio: todas partes se asegura que Aurora está arruinada, que al dar su mano á Cárlos no lo hace por amor, sino para buscar alimento á su insaciable apetito de lujo, de fausto y de ostentacion.

Nadie sabe á punto fijo á cuánto asciende la herencia del poeta, pero generalmente se la supone inmensa: el que ménos la calcula en 20 ó 25 millones de reales. ¡Figúrate si la de Peñalver podia desaprovechar una ocasion semejante de restaurar su quebrantada fortuna! Así desde el primer dia se dedicó infatigablemente á la tarea de conquistar á Cárlos, omitiendo medio alguno para ello. La gente sólo habla de *cazadores de dotes*; pero yo te aseguro que los hay de ambos sexos, y que la moderna Diana las puede apostar en su habilidad para cazar maridos con la Diosa que, segun la mitología, era una especialidad para dar alcance á jabalíes y ciervos.

Te sorprenderás, sin duda, de verme á mí tan fría, tan pacífica, tan impasible, animarme tanto al trato de esa mujer; y no ménos maravilla te causará que prescinda de mi ordinaria benevolencia respecto de ella. Esto se explica porque su conducta impudente y vergonzosa me ha producido la más profunda indignacion.

Aurora ha encerrado al pobre Aguilar en redes ligeras, pero seguras: todos los dias, con pretexto alguno, le manda una comida en su casa: Aurora le monopoliza, le acapara completamente.—Él se muestra halagado hasta lo infinito por la preferencia de una de las mujeres que figuran en primer término en la alta sociedad de la corte; por una de las deidades que ponen el tono y dictan la moda; en fin, por una notabilidad *fashionable* y aristocrática.

El infeliz no sospecha los vergonzosos móviles de proceder de Aurora; él imagina que ha inspirado una gran pasion, á la que hasta ahora ha sido cruel y desdeñosa con todos; á la que ha visto indiferente á sus plantas cuanto hay de más ilustre y distinguido en Madrid.

¡Pobre, pobre Cárlos! ¡Qué bello es semejante sueño! ¡Qué triste y qué doloroso debe ser el despertar de él!

Muchas veces, acordándome de la dulce amistad que nos ha unido, estoy tentada de hablarle, de arrancarle la venda de los ojos, de descubrirle la horrible verdad.

¿Pero haria justicia á la nobleza de mis sentimientos? ¿No supondria acaso que me animaba un sentimiento de envidia ó de rivalidad; ó lo que es peor aún, no creeria que yo tambien voy detrás de sus millones?

Todos mis sentimientos de dignidad y de legítimo orgullo se sublevan ante esta idea. ¡Codiciar yo, que desprecio tanto el oro, la fortuna de cualquiera, aun que ese cualquiera sea Cárlos! ¡Combatir yo con otras no para disputar el amor de un hombre, sino para solicitar su dinero! ¡El rostro se me enciende de vergüenza sólo al pensarlo!

Soy pobre y desvalida; pero jamás me prostituiré hasta el punto de entregar mi mano á quien no me da la par mi corazon; soy pobre, y sin embargo,—puedo estar segura de ello, Julia querida,—nunca cometeré una bajeza para llegar á ser rica.

Ayer tarde, por una equivocacion del portero, dejaron subir á Cárlos cuando la Marquesa habia salido: yo estaba en la sala bordando en bastidor un cortinaje de seda para el *boudoir* de mi santa bienhechora, muy ajena de creer que, hallándome sola, entraria visita alguna. No sentí, pues, los pasos del poeta sobre la alfombra, y cuando le encontré á mi lado, me sobresalté tanto que di un grito.

—¡Qué! ¿Le asusto á usted ya? exclamó con amargura.

—¿Asustarme? ¡No!—repuse;—sino que como no le aguardaba á usted...

—Usted no me aguarda nunca, añadió; pero en cambio huye siempre.

Habia en su voz un acento tal de tierna reconvencion, que me sentí profundamente conmovida; é iba á contestarle en tono no ménos afectuoso, cuando me acordé de nuestra respectiva situacion.

—No le huyo ni le busco á usted,—dije con aparente indiferencia.

—Sin embargo, ántes me buscaba usted.

—Antes, ántes... repetí impaciente al advertir el giro que tomaba el diálogo.

—¿Qué? preguntó con ansiedad.

—Antes, añadí sin poder contenerme, ántes éramos amigos.

—Y ¿hoy no lo somos ya?

—Hoy somos meramente conocidos.

Y me levanté para alejarme de allí.

Cárlos me detuvo con una mirada imperiosa y suplicante á la vez, que me dejó inmóvil en el sitio que ocupaba.

—Señorita, dijo con tristeza y solemnidad, ¿la he faltado á usted en algo? ¿He cambiado, por ventura, para usted?

La interpelacion era tan directa, tan categórica, que parecia imposible dejar de responder, y lo hice con un monosílabo.

—¡No! articulé confusa y turbada.

—Entónces, ¿por qué ha cambiado usted para mí?

Por el pronto no supe qué contestar: despues me ocurrió una idea diabólica, y lancé una carcajada estrepitosa, aunque natural.

—¿Por qué he cambiado? exclamé.—Por que soy mujer.

Y no queriendo prolongar aquella conversacion peligrosa, le dirigí un saludo ceremonioso y me marché adentro, dejándole atónito, sorprendido, petrificado.

Es posible que me equivoque; pero me pareció que brillaba una lágrima en sus párpados, y las mias corrieron abundantes en cuanto llegué á mi cuarto.

¿Por qué lloré?—No puedo decirlo á punto fijo: Cárlos era para mí un amigo, un hermano: estaba acostumbrada á que los dos nos confiásemos recíprocamente nuestras penas, nuestras alegrías:—¡ay! tan escasas!—¡nuestras miserias!—Él cogia algunas veces mi mano y la llevaba á sus labios; y yo no la retiraba, porque aquel ósculo en nada alarmaba mi pudor ni mi virtud.

Ahora bien; he tenido el triste valor de romper con ese amigo, con ese hermano; le he alejado de mí para siempre, no queriendo que hoy que es rico y opulento pueda interpretar mal cualquiera demostracion de afectuoso interés.

Habrá, sí, un vacío en mi alma; habrá un dolor eterno en mi corazon; pero si me compara con las mujeres que le solicitan ó corren detrás de él, no podrá ménos de pensar que yo valgo un poco más que ellas.

Por la noche en el baile de la condesa del Montijo, pasó junto á mí, llevando del brazo á su inseparable Aurora.

Ignoro si no me vió ó si no quiso verme; lo cierto es que volvió la cabeza al otro lado, por no saludarme.

¡Ay, Julia! ¡Está consumado mi cruel é inevitable sacrificio!

CARTA SEXTA.

JULIA Á MARÍA.

25 de Noviembre.

¡Cuánto le amas y cómo te admiro!—Yo no hubiera podido tener los escrúpulos que tú. ¿No érais amigos ántes de que heredase la maldecida fortuna que ha venido á desuniros? ¿No ha continuado él siendo contigo amable, cariñoso, tierno? ¿No habia medio de conciliar tu delicadeza con tu amor?

Pero le arrojas de tu lado; le irritas, le desprecias, le lanzas en los brazos de esa coqueta sin corazon y sin decoro, que por lo visto aspira á los millones de Cárlos para evitar su inminente ruina.

Piensa bien lo que haces: todavía es tiempo de impedir la desgracia del noble jóven, que será víctima de tus sentimientos caballerescos, de tus ideas quijotescas.

En efecto, aquí está Marcelo, no mi adorador, segun tú le llamas, sino mi futuro esposo,—porque nos casaremos dentro de seis meses,—y le he revelado de una manera prudente la situacion de su amigo íntimo. Al saber que éste se halla á punto de caer en manos de la artificiosa Condesa, su rostro se alteró, su fisonomía se descompuso, y exclamó sin poderse contener:

—¡Es preciso que le salvemos!

—¿Cómo? le pregunté.

—Descubriéndole la verdad.

—¿La verdad? ¿Y cuál es?

—Que esa odiosa mujer esta arruinada; que sólo ambiciona sus pretendidos millones.

—Vuele usted á Madrid, le dije, y evite la catástrofe, si todavía es tiempo.

—Lo será, exclamó poniéndose en pié.—¿He de permitir yo que el alma más noble, que el corazon más leal lleguen á ser presa de una mujer odiosa y perversa? ¿Qué importa que sea grande de España; que sea ó no sea rica?—Lo esencial es impedir la infelicidad, el envilecimiento de mi pobre Cárlos.

Al hablar así, los ojos de Marcelo centellelban de indignacion y de cólera, mientras en su semblante aparecia una expresion sublime de interés y de ternura.

—¿Cuándo partirá usted? le dije.

—Mañana mismo. Perdon si me separo de su lado; si lo abandono todo así, lo que mas amo en la tierra, el cuidado de mis negocios... ¡Pero se trata de un amigo querido, de un hermano!

—¡Vaya usted! respondí.—Yo le apreciaria ménos si en presencia del peligro que amenaza á un hombre á quien estimo sin conocerle, no corriese usted á iluminarle y á socorrerle.

¿Necesitas que te lo confiese? ¿No lo has adivinado ya?—A pesar de lo que pueda interesarme Aguilar, pensaba más en ti que en él al estimular á Marcelo á seguir sus generosos propósitos: bien has visto que no te he nombrado siquiera en nuestra conversacion, respetando como es debido tu pudor y tu delicadeza; pero una vez ahí, aquél sabrá desbaratar la obra infame del cálculo y de la avaricia.

Es imposible que Cárlos ame á Aurora: acaso le han seducido ó deslumbrado el talento epigramático, la posicion de esa mujer; acaso sin explicárselo, él mismo sufre una extraña fascinacion. Pero en cuanto llegue Marcelo; en cuanto le ponga en evidencia la verdad, caerá el castillo de naipes de las culpables ilusiones de la Condesa, y Cárlos evitará la triste suerte que le aguarda.

Marcelo ha vuelto á despedirse de mí, trayéndome el borrador del telégrama que ha enviado á su amigo: dice así, copiado al pié de la letra:

«Parto aquí hoy: peligro te amenaza: espera mi llegada: silencio Condesa: fé en mí.»

Estas palabras misteriosas y significativas le habrán abierto un poco los ojos, y es indudable que todo se remediará.

Aunque Marcelo me ha ofrecido participarme el resultado de sus esfuerzos, escríbeme tambien tú, y dime si lo ocurrido altera en algo tus resoluciones.

(Se continuará.)

UN DIA DE VIENTO.

Los dias de viento Norte, tan frecuentes en los bajos Pirineos, ofrecen á la observacion del artista efectos sorprendentes.

¿Quién no se ha extasiado alguna vez contemplando aquel cielo brillante, no empañado por la más ligera nube; aquel horizonte diáfano que parece bañar la llanura con un tinte azulado, y poner los valles y las montañas al abrigo de la tempestad desencadenada?

En la fértil comarca del Ampurdan se observa á menudo este encantador espectáculo; los inmensos torbellinos de polvo que, cual nubes artificiales, se elevan á grande altura, entretienen la monotonía y uniformidad del terreno, llenan la atmósfera caliginosa de encontradas corrientes, y desaparecen luégo, cual enemigo vencido, dispersándose en cien direcciones.

Pero cuando el viento huracanado se desata, y arranca las vetustas encinas y levanta cual ligera pluma los corpulentos olivos, diríase que el *simoum* del desierto, despues de haber sepultado la caravana emigradora, abandona las regiones del Africa para sembrar la muerte y el espanto en el extremo septentrional de España.

Más de una analogía, en verdad, conservan entre sí el viento sofocador del desierto y el viento Norte del Ampurdan, llamado en el país *tramontana*: el pequeño pueblo de Bagur, que está á la vista del cabo de Creus y en la pendiente de una sierra, se ve con frecuencia invadido por grandes capas de arena que el vendaval traslada de un punto á otro, y sus habitantes observan en muchas ocasiones que una nueva montaña ha cambiado la línea de su horizonte.

Y, sin embargo, ese elemento destructor que parece no debiera permitir ninguna clase de vegetacion, purifica notablemente la atmósfera, y hace saludable un territorio que de otra suerte estaria invadido por las fiebres intermitentes y por enfermedades tifoideas; y cuando los ampurdaneses van en romería á la ermita de la Vírgen de Recasers, á bendecir la *tramontana*, piden al cielo la conservacion del viento Norte, que asegura la salud de la comarca, aunque sea perjudicial para la agricultura.

Tal es el asunto que retrata el bello dibujo de la pág. 60, paisaje tomado del natural por un hábil artista.

FŒDERIS ARCA.

Hay un asilo en mi pecho
que las dudas no combaten,
ni los placeres alegran,
ni entristecen los pesares.
Oscuro como una tumba,
invisible, inexpugnable,
ni en él penetran las risas,
ni de él se escapan los ayes.
¡Dios y yo tenemos sólo
de ese sepulcro la llave,
sepulcro que es paraiso
con apariencias de cárcel;
y Dios y yo solamente,
en señalados instantes,
vemos lo que allí se oculta,
ó mejor, lo que allí yace!

—

¡Una mujer no besada,
una interrumpida frase,
la memoria de algun sueño,
el suspiro de algun ángel,
hojas de flores marchitas,
ecos de dulces cantares,
brisas, estrellas, aromas,
relámpagos, huracanes,
todo lo que el alma crea
y en el alma se deshace,
tiene allí rumor y vida,
cuerpo, sombra, espacio y aire,
y flota en un oceano
sin escollos ni oleaje,
con la eternidad por puerto,
y la esperanza por nave!

—

¡Cuando al peso de la duda
el espíritu se abate;
cuando del dolor la nube
lluvia de lágrimas trae;
cuando el rencor ó la envidia
ó la adulacion cobardes,
por amigo me pretenden
ó me señalan por mártir;
cuando el sol de mi ventura
pienso que puede eclipsarse,
del asilo de mi pecho
donde no penetra nadie,
abro la escondida puerta
y en él me refugio amante,
como se refugia un niño
en los brazos de su madre!

MANUEL DEL PALACIO.

Madrid, 1872.

CRÓNICA MUSICAL.

Teatro Nacional de la Ópera.—Lucrecia Borgia.—Linda de Chamounix.—Los Puritanos.—Don Sebastian.—El conde Ory.

Entre las óperas que, en la actual temporada, se destinaban al sacrificio de una ejecucion de última pena, figura la bella obra de Donizetti, *Lucrecia Borgia*. La imperiosa necesidad de variar los espectáculos obliga de vez en cuando á la empresa de nuestro primer teatro lírico á arrojar á la escena, sin ensayos suficientes y sin cuidarse de ningun detalle, partituras de más corta vida que las flores.

A nadie cogió, pues, de sorpresa la desdichada suerte de una ópera en que tanto entusiasmo excitaron la Frezzolini y la Penco, Ronconi, Varesi, Fraschini, Tamberlick, Selva y otros eminentes artistas, y que tanto dolor causa oirla en boca del señor Pozzo y demás apreciables cantores.

Prueba de bondad de carácter fué en la señora Urban aceptar una parte escrita para voz de más extension que la suya; pero no debe repetirla, por si el público atiende poco á las bellas cualidades del alma, prefiriendo la buena interpretacion de la música.

El señor Petit supo oportunamente que en nuestro Museo del Prado hay un retrato de don Alfonso de Este, que pintó Ticiano, y sirvióle de modelo para la cabeza. Lo demás que podia copiarse, á fin de completar la figura del duque de Ferrara, correspondia á la empresa, quien creyó sin duda estos perfiles artísticos impropios de un teatro, donde, en tan buena armonía, se mezclan trajes, armas y utensilios de todas

épocas y naciones, para realizar lo pintoresco del espectáculo.

Procuró el señor Petit además caracterizar el vengativo esposo de *Lucrecia;* pero con un aplomo y una seriedad en la expresion, y un aire tan majestuoso en los modales, que en vez de astuto é impresionable italiano, más parecia augusto miembro de la aristocracia inglesa.

El señor Pozzo cantaba sin duda por compromiso. Su saber no encontró medio de decir con sentimiento ni siquiera una frase; y el conjunto resultó tan frio, tan descolorido, tan falto de pasion y de entusiasmo, que, de seguro, algun espectador de esos que molestan al vecino preguntándole el argumento, creyó inmotivada la venganza en el último acto, vista la plácida inocencia con que los amigos de *Genaro* insultaron á la Borgia en el primero.

La hermana de Alejandro VI, que era quizá lo mejor de la familia, no mereció que el romanticismo de Victor Hugo la popularizase como mujer perversa, y mucho ménos la dramática música de Donizetti ser interpretada con tanto descuido; pero ni la virtud encuentra á veces su premio en este mundo, ni las obras de mérito el debido respeto en este teatro.

Cumpliendo un deber de justicia, preciso es confesar que si *Lucrecia* fué maltratada, peor lo ha sido *Linda de Chamounix*, á pesar del concurso de la señora Ortolani, á quien acaso halagó cantar una escena dramática y que no pudo salvar del naufragio á la *pobrecita Linda*. Para irse á fondo hicieron cuanto podian, que no es poco, los señores Squarcia y Picciolli. La señora Caracciolo permaneció en la misma actitud neutral que *Pierotto;* ni hubiera descompuesto un buen cuadro, ni evitaba la catástrofe de la obra, por la debilidad de la ejecucion.

UN DIA DE VIENTO, paisaje del natural (pág. 59).

Mejor suerte [illegible] *Los Puritanos*, último lamento [illegible] Bellini encontró [illegible] no intérprete [illegible] señora Ortolani, [illegible] cir lo mismo del [illegible] ñor Tiberini, [illegible] adularle. El [illegible] Tiberini sabe pe[illegible] tamente el art[illegible] canto, y sacar de [illegible] voz sonidos hasta [illegible] verosímiles; pe[illegible] áspero de su gar[illegible] ta repele la suav[illegible] y dulzura de las [illegible] ílisimas melodías [illegible] Bellini puso en [illegible] de *Arturo* y que [illegible] trizaban al púb[illegible] cuando este *A*[illegible] sellamala en el [illegible] do Rubini.

Grandes gracias [illegible] be ser para *Rio*[illegible] vivir enamorado [illegible] quien no le qui[illegible] pero no fué pe[illegible] la del público al [illegible] cuchar del se[illegible] Squarcia este in[illegible] tunio. Sea falta [illegible] salud ú otra c[illegible] que desconozco, [illegible] señor Squarcia, [illegible] aplaudido en años [illegible] teriores, ha decaido bastante en el actual, y su ve[illegible] responde á su buen deseo.

La vacilacion y el temor del baritono fueron co[illegible] gicsos para el bajo señor Capponi, y de aquí naci[illegible] grave riesgo de que estuviera expuesto á demostra[illegible] nes irrespetuosas y poco adecuadas á la atmósfera [illegible] volucionaria en que vivimos, el famoso duo de la [illegible] bertad con que termina el segundo acto. Por fort[illegible] los bellos versos de Romani y la inspirada músic[illegible] Bellini salen llegar al alma, á pesar de los troj[illegible]

ISLA DE CUBA.—Canoa apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes (pág. 64).

Lebreles de caza (pág. 63).

INGLATERRA, MODELO DE NACIONES CULTAS.—El castigo del cepo por embriaguez (pág. 64).

zos que infortunados cantores pongan en el camino.

El que conduce á su fortuna seguirá la empresa si persiste en renovar el repertorio, como ha empezado á hacerlo poniendo en escena *Don Sebastian* y *El conde Ory*.

A los veintinueve años de estrenada en el teatro de la Grande Opera de París, los aficionados han podido ver puesta en escena en el de la plaza de Oriente la penúltima obra de Donizetti. En Barcelona, donde el gobierno no regala teatros para la ópera italiana, ni para ninguna otra clase de espectáculos, hace muchos años que se conocia ya esta obra, como otras varias no oídas en Madrid, gracias al régimen á que está sujeto desde que se estrenó nuestro primer teatro lírico, que podrá servir para fomentar los intereses de algun empresario, pero no para progreso del arte en España, ni siquiera para saber oportunamente el que tiene fuera de nuestra patria. Injusto seria, sin embargo, no elogiar la actividad de la actual empresa que, contra la inveterada costumbre, dará á conocer en la actual temporada tres ó cuatro óperas nuevas para la juventud filarmónica de Madrid, y nuevas tambien en la escena del gran coliseo.

Don Sebastian, desgraciado en su expedicion contra los marroquíes, no ha sido afortunado tampoco como héroe de poema lírico. De ordinario se hilvanan bastante mal los argumentos de las óperas, á causa de buscar con preferencia escenas de relumbron, creyendo que son las más á propósito para los efectos musicales, y Scribe tejió las que forman esta obra con hebras tan groseras, que apenas hay sentido comun en la série de peripecias por que pasan los héroes del drama musical.

A esta falta gravísima debe añadirse, como explicacion de la acogida fria que tuvo al nacer *Don Sebastian*, dos obstáculos con que tropezaba el autor de *Lucia*: necesidad de escribir la partitura en dos meses, y obligacion de que estuviera dentro de un género de música que no era el cultivado en su larga carrera de compositor.

El tiempo se venga implacablemente de lo que, sin contar con él, se hace, y toda la prodigiosa facilidad de Donizetti no bastó para que *Don Sebastian* fuese, como los franceses esperaban, un rival de *Guillermo Tell* y de *Los Hugonotes*. El estilo italiano aparece por todas partes en los cinco actos de esta ópera, que encierran piezas de primer órden, bellísimas melodías, efectos de expresion dramática, comparables á los del tercer acto de *Maria di Rohan* y segundo de *Lucrecia Borgia*, y una concertante en el cuarto acto que, no sin razon, han puesto algunos críticos al nivel del famoso final del segundo acto de *Lucia*, por lo magistralmente escrita, aunque la accion dramática no interese como la poética creacion de Walter Scott.

Conocedor de los recursos del arte, y hábil para expresar líricamente las pasiones que caben en el drama musical, faltaba á Donizetti el genio de Rossini, que hace se respire el ambiente de los Alpes en su *Guillermo Tell*, ó el espíritu observador de Meyerbeer, para resucitar la Francia de 1572 en *Los Hugonotes*, ó trasladar á la escena la exhuberante vida de los países intertropicales en el cuarto acto de *La Africana*. Verdad es que, áun reuniendo en un hombre la inagotable inspiracion de Rossini y la inmensa ciencia de Meyerbeer, en sesenta dias no hubiese podido hacer, sino por dón sobrenatural, una ópera en cinco actos con melodías grandiosas y originales, rica en nuevas combinaciones armónicas y en efectos de instrumentacion, y lo que es más difícil, con colorido local, en cuanto la música puede darlo.

La ejecucion de *Don Sebastian* en el teatro de la Ópera, ha sido ménos mala que la de otras obras, sin llegar ni con mucho á ser perfecta. El barítono señor Quintilli Leoni, encargado de la parte de *Vasco de Gama*, estuvo acertado, cantando con bravura y sentimiento, especialmente el bello andante del duo del tercer acto. La señora Urban demostró en esta ópera su buen deseo por complacer á un público siempre exigente, consiguiéndolo en repetidas ocasiones; y lo mejor que ha cantado hasta ahora el señor Capponi, han sido las frases de la concertante final del tercer acto.

Pero los señores Pozzo y Faentini se habian encargado del reverso de la medalla, y cumplieron con toda fidelidad su cometido, el primero haciendo un rey de Portugal que causaba mayor lástima por sus infortunios como cantor, que por sus desdichas como monarca; y el segundo, cantando su parte de marroquí cual si le oyeran en Fez ó Tafilete, cuyos habitantes no hubiesen reconocido sin duda como compatriotas á los coristas vestidos por la empresa de moros de carnaval para los efectos de la ilusion escénico-africana.

Del aparato no hay para qué hablar; la procesion, durante la famosa marcha fúnebre, que es un rasgo de genio, era una mascarada de aldea, en la que se sacan á la luz del dia todos los trapos viejos, sin cuidarse del tiempo y lugar que representan: el tribunal de la Inquisicion en el cuarto acto, parece puesto para desmentir la terrible tradicion del Santo Oficio, y el público se queda en último caso sin saber la suerte que cabe á los héroes del drama; pero la empresa se ahorra una decoracion, considerando acaso intempestiva aquella curiosidad.

Otra obra nueva en la escena del teatro Nacional, aunque no de tan buen éxito, ha sido *El conde Ory*, preciosa joya de Rossini, escrita en dos actos y dividida en tres, para que hiciese funcion completa.

Música hecha de encargo, pues la escribió en 1825 para un apropósito titulado *El viaje á Reims*, y se cantó con motivo de la coronacion del rey de Francia, Cárlos X, es la del *Conde Ory*, como toda la del último estilo de Rossini, verdadera preciosidad artística.

Si el célebre maestro italiano se hubiese cuidado alguna vez de los dramas á que aplicaba sus bellas melodías y su inagotable riqueza de armonía é instrumentacion, no adquiriera ciertamente para la música de *El viaje á Reims* el deforme maniquí que en 1828 le hizo Scribe, monstruoso conjunto de sandeces, indignas del autor de *La Calumnia* y de *El vaso de agua*, y de quien supo trazar el drama musical de *Los Hugonotes*. Pero Rossini, como casi todos los maestros italianos de su tiempo, consideraron la letra de sus óperas pretexto para la música, y pretexto en que el público no debia fijarse.

Desde entónces el gusto ha variado mucho: los aficionados no se contentan, cuando acuden á oir óperas, con las bellezas musicales, que pueden ser maravillosas, sin caracterizar la accion cómica ó trágica á que se apliquen; quieren verosimilitud y lógica en el argumento, y carácter adecuado en la música á la situacion escénica. Así me explico al ménos, que *El conde Ory*, á pesar de ser una obra maestra, llena de detalles encantadores, no haya entusiasmado al público, forzosamente insensible ante las inocentes picardiguelas del referido conde, que ni por cambiar de trajes, y áun, en la apariencia, de sexo, consigue nada de lo que se propone, sin que sea preciso ningun acto de heroismo, ni áun de energía, para justificar á los ojos de los espectadores las desventuras de este Tenorio *pour rire*.

Ninguno de los artistas á quien se encargó la ejecucion de esta ópera la habia cantado ántes, ni áun los esposos Tiberini, en quienes se conocian los esfuerzos á fin de dominar una música no escrita para los que, en estos tiempos, aprenden con tanta facilidad á ser cantores dramáticos. Por parte de los citados artistas, y por la del señor Petit, cada vez más acreedor á los merecidos aplausos que el público le tributa, *El conde Ory* poco ha dejado que desear; pero, como siempre, para desfigurar el conjunto habia algun lunar, y en esta ocasion lo fué la señorita Bernardoni, sin perjuicio del lunar mayúsculo que corre de cuenta de los coros, poco ensayados, y del que se advierte en las concertantes, donde las notas salen como fuego graneado á herir los oidos de los infelices espectadores.

Pudo el director á quien corresponda, entre la baraja de directores que forman el alto personal del teatro, haberse permitido alguna licencia para quitar la frialdad con que termina la citada ópera; pudo variar la decoracion final y hacer, de la vuelta de los cruzados, una escena de espectáculo; pudo aconsejar á la señora Ortolani que añadiese un rondó, tomado de alguna otra ópera de Rossini, pieza que hubiera estado en carácter, y áun pudo designarle cuál debia ser, no fiándose del gusto de dicha señora, visto lo que eligió para lucirse en *Linda de Chamounix*; pero comprendió acaso que, lo que no sale bien, puede tener el mérito de la brevedad, mérito que, muy á pesar mio, ni siquiera es el de estas líneas.

LUIS NAVARRO.

BREVE RESEÑA HISTÓRICA DE MONTEVIDEO.

(CONTINUACION.)

Bien es verdad, que no sin gran trabajo por parte de sus contrarios, y no sin que mediase mucho tiempo ántes del desenlace final, pues cerca de dos años eran corridos desde el desembarco de los *Treinta y Tres*, hasta el dia 20 de Febrero de 1827, en que las tropas, al mando del general bonaerense, don Cárlos Alvear, derrotaron del todo á las del imperio brasileño en los campos de Ituraingo, victoria que selló la empresa intentada con tan exiguos medios materiales, y que afirmada quedó despues por la Constitucion que de comun acuerdo el Brasil con la República Argentina otorgaron el 26 de Mayo de 1828 á la Banda Oriental; cuyo pais figura desde entónces en el catálogo de los independientes con el nombre de República Oriental del Uruguay, y con pabellon en cuyo campo blanco figuran nueve listas azul celeste, en cuyo ángulo superior del lado del asta luce un sol.

Las fuerzas brasileñas que guarnecian á Montevideo no abandonaron la plaza hasta el 23 de Abril de 1829, despues que ya no quedó duda de que el cumplimiento de los preliminares de paz, firmados en Rio Janeiro el 27 de Agosto de 1828, llegarian á ser una verdad en la práctica.

En el intervalo abrazado por esta guerra de emancipacion, sufrió Montevideo las consecuencias propias de semejante estado para una plaza fuerte, agravadas por el despecho de unos dominadores que veian escaparseles de las manos un pais que consideraban como definitivamente sujeto al dominio del imperio.

Entra por fin en la capital el 1.º de Mayo de 1828 el gobierno del Estado, que desde Junio de 1827 venia funcionando con carácter de provisional en la Florida, y del cual era jefe desde Diciembre de 1826 el general Rondeau. Instálase tambien dentro de sus muros la Asamblea Constituyente, y empieza para el pais su accion como Estado libre, así como para Montevideo una era que, si bien no habia de tardar en verse envuelta en una marcha turbulenta, abriólé extenso horizonte en que poder ensancharse próspera y bella, áun cuando para ello, como le aconteció, tuviese que vencer circunstancias bien tristes.

Jurado solemnemente el Pacto Fundamental de la república en Montevideo, el 18 de Julio de 1830, é instalada la primera Asamblea legislativa ordinaria meses despues, recayó el nombramiento de el primer presidente constitucional en el brigadier general don Fructuoso Rivera, cuyos hechos durante la guerra, y áun más, su gran sagacidad y habilidad habian borrado su anterior adhesion al dominio que acababa de desaparecer.

No era dado en breves años dar vigor á un pais que habia pasado por tantos de guerra; y de consiguiente, hallándose sometido á un desórden, no sólo hijo de esa circunstancia, sino debido tambien á la más grave de que echado por tierra todo el régimen colonial, con nada habia podido ser reemplazado hasta entónces.

Empezóse la muy árdua tarea de reconstruir. Pero, desnudos de práctica, casi sin excepcion, aquellos á quienes tocó en suerte verificarlo, y ya apuntando las rivalidades personales y las pasiones á ellas inherentes, apenas si algo pudo llevarse á cabo con aquellos requisitos que exigen las determinaciones, tanto legislativas como gubernativas, si han de producir resultado á que deben encaminarse, y si han de ser, por tanto, duraderas.

Sin embargo, siendo la Banda Oriental pais dotado con largueza por la Providencia, y sus productos tan valiosos y tan necesarios para industrias de las más importantes, sintió el respiro que le daba la terminacion de épocas desastrosas; y comenzando á estar en comunicacion animada con otros á quienes hacia cuenta sostener con él contrataciones mútuas, empezó tambien á demostrarse los inmensos beneficios que, si conseguir llegaba tiempos de paz.

La que más sintió, puede decirse, los efectos de la nueva era, fué la capital. Pues si bien no en grande escala, porque no se improvisa tampoco la riqueza en un pais, ni al Oriental aportaba áun la numerosa inmigracion europea que á su suelo ha ido luégo acudiendo, importando actividad, inteligencia y hábitos de trabajo, es lo cierto que el aspecto de la poblacion tardó poco en exhibir muestras de bienestar; y el ruido dimanado del movimiento comercial despertado en los más el deseo de dar ensanche á los cuidados de la campaña, para conseguir el aumento de las producciones naturales, y lograr con ello una contribucion que acarrease, no sólo holgura, sino abundancia para vida lujosa.

Las pasiones políticas, que llevadas al extremo, si por do quiera fuente de grandes males, causólos enormes en la nueva república. Que apenas en el primer dia de su vida, teniéndolo todo por hacer, con escasísima poblacion, sin calor en el principio de autoridad como imposible era que lo tuviese en un pais falto por completo de vías de comunicacion, y con habitantes acostumbrados á la suelta vida de los campos y á la de guerra casi siempre del género irregular, viósense los pocos años de declarada independiente, presa de discordias intestinas, que por un enlace singular no dieron por resultado la pérdida de su misma independencia.

En efecto, trascurridos los periodos presidenciales del mencionado Rivera y de don Manuel Oribe, primeros en quienes recayó la honra de la más elevada magistratura de la república, definióse en ésta la division política interior, que tomando por jefes á esos dos personajes, compartió el país en otros tantos partidos, que con la denominacion de *blanco* el uno, y de *colorado* el otro, reconoció aquél por cabeza á Oribe, y á Rivera el opuesto, comenzando una era de trastornos alimentados por los odios que en semejantes circunstancias inherentes son al reducido círculo de un pais muy poco poblado, y á un carácter inquieto y fogoso cual el de los orientales.

Añadió grande alimento al fuego que comenzó á devorar la república la intervencion del gobierno de uno de los más famosos tiranos, que con frecuencia solieron aparecer en la América Meridional, en la marcha de las disensiones domésticas. Las tropas de Rosas, ya entrado el segundo periodo presidencial de Rivera, invadieron la república, y con el peso de sus armas trataron de inclinar por completo la balanza á favor del partido *blanco*. La resistencia de sus adversarios no fué bastante á evitar que dominando ya el país todo, ayudado por el poder de Rosas, llegase el jefe de ese partido, general Oribe, á ponerse delante de Montevideo con fuerzas numerosas, al mediar Febrero de 1843, y á que, imposibilitados de evitarlo, quedasen sitiados dentro de la plaza los del opuesto.

No cabe en los límites reducidos de este nuestro trabajo entrar en los pormenores de las lástimas por que tuvo que pasar la ciudad de que nos ocupamos durante los ocho años y medio que por tierra estuvo asediada. Hubiérase visto en la durísima necesidad de abrir sus puertas al sitiador, si la presencia é intervencion de las fuerzas navales anglo-francesas no hubiesen estorbado á Rosas el poder dominar el rio con algunas embarcaciones.

Momentos hubo, y con mucha frecuencia, que á pesar de los rendimientos de la aduana, y del subsidio que luego prestaba la Francia, no habia ni lo suficiente para dar de comer á los defensores. Y á menudo dióse tambien el caso, de que desprovistos del amparo nacional los residentes españoles, la autoridad impusiese, á los que con su trabajo y honradez habian entre ellos reunido fortuna, contribuciones forzosas, á que no podia someter á los súbditos de otras nacionalidades. Y eso, no embargante el servicio forzoso á que, tanto el partido de la ciudad, como el que á ésta sitiaba, los obligaba.

Mas los sitiadores, libre el dominio de las aguas para los de adentro, y apoyados éstos moral, y á veces materialmente, por el poder de Francia é Inglaterra, se hallaban en la imposibilidad de rendir á Montevideo. Y como, por otra parte, careciesen los que á la plaza defendian, de medios para levantar el sitio, pasáronse todos los años de su duracion en dar unos y otros diaria y señalada muestra de valor y constancia.

Así es, que tan luego comenzó á derribarse el edificio de la dominacion de Rosas, á impulsos de la liga que para ello celebró con el Brasil el más importante de sus tenientes; secundado éste por el inmenso número de descontentos que en las comarcas argentinas sufrian el inhumano poder del que por tantos años lo ejercia, vióse el sitiador Oribe constreñido al abandono del asedio de Montevideo, y completamente vencidos sus partidarios, cuando la union de argentinos, brasileños y orientales, dieron en tierra para siempre con aquel poder, en los campos de Monte Caseros, al principiar el año de 1852.

Más astutos los corifeos del partido *blanco*, que los del *colorado*, lograron una mútua convencion, por la cual quedaron todos dentro del patrio suelo; gozando indistintamente unos y otros de lo que ese suelo darles podia.

Inauguróse una era que todos los de buena fé, en uno y otro partido, la pronosticaban de grandes bienes para la patria. Comenzó, en efecto, dando señales de tolerancia y de olvido de lo que acababa de tener fin; pues eligióse para el primer cargo de la república al ciudadano don Juan Francisco Giró, persona de universal aprecio, por las recomendables prendas que reunia. Su período presidencial, cuarto de los debidos á la concurrencia de todos los orientales á los comicios, fué, aparte alguno que otro paréntesis de breve inquietud que turbaron la tranquilidad de la capital, de paz y prosperidad para el país: paz de que aprovechóse bien Montevideo, á cuyo recinto acudia ya bastante inmigracion europea, en general de mucho mejores condiciones que la que ahora le envia el Viejo Mundo.

Por dias cambió el aspecto de la poblacion, tanto por lo que mejoró el caserío y el piso, como por las señales que de bienestar y riqueza empezaron á darle los muchos establecimientos públicos que se abrieron y la mejora de los que existian. Inauguróse el bello teatro de Solís; comenzaron á desaparecer las murallas (1); principió á tener gran desarrollo la parte nueva de la ciudad, presintiéndose ya lo hermosa que llegaria á ser; como ahora se pronostica que juntas ambas partes harán de Montevideo una de las mejores y más pobladas de la América Meridional. En una palabra, principiaba á demostrarse bien palpablemente, que sin más que un mediano juicio en la marcha de los partidos políticos, Montevideo responderia pronto á lo que la Providencia la tiene llamada por su escogida situacion y por las riquezas que pródiga derramó esa misma Providencia, en el suelo del Estado que la reconoce como á su legítima capital.

Y como al aproximarse el término del plazo presidencial del señor Giró se temiese por la tranquilidad del país, y visto además por los corifeos de ambos partidos que en el estado de la atmósfera política no seria posible conservar esa tranquilidad, si en la eleccion de presidente lograba uno de los dos elevar al sitial de la primera magistratura un hombre exclusivamente suyo, convinieron los dos principales corifeos, generales Oribe y Flores, este último jefe de los *colorados*, desde que Rivera murió en viaje al regresar de su ostracismo en el Brasil, en verificar una conciliacion para que el más elevado cargo de la república recayese en persona que, á sus buenas prendas, reuniese la indispensable condicion de no estar de lleno en ninguno de los dos partidos en que dividida veíase la arena política, esto es, de no haberse señalado en ellos de manera que lo hicieran blanco de los ódios inherentes á las que se hallan en semejante caso.

Fijáronse para ello en el señor don Gabriel Pereira, que á la circunstancia de representante de una de las más antiguas, y tal vez la más rica, familias del país, unia la de gran respetabilidad por su carácter enérgico, por su patriotismo y honradez.

Pero como en todas partes las conciliaciones de los partidos, y sobre todo de los que por circunstancias especiales de un país obran bajo el dominio de exacerbadas pasiones, no van más allá del tiempo que tarda la misma conciliacion en estorbar la accion de los intereses exclusivos á cada uno de ellos, no tardó en mostrarse rota la que con ese dado propósito habíase pactado. Y como en el partido *blanco* hubiese siempre más astucia y prevision que en el *colorado*, logró aquél que al desaparecer el transitorio pacto, entrasen el gobierno y administracion de Pereira por el camino que sus ideas le trazaban.

No tardó en mostrarse armada la ira del burlado partido. El general don César Díaz, acompañado de otros jefes y oficiales, entre los cuales contábase alguno relacionado por lazos de amistad con el presidente de la república, levantáronse en contra de la autoridad constituida, pero con la mala suerte de ser vencidos por las tropas del gobierno, que les hizo sufrir la cruda de ser pasados por las armas en el sitio llamado Quinteros: no sin que el partido *colorado* pretenda que habiase celebrado una capitulacion entre los contendientes, y que faltando á ella habian sido inmolados sus infelices campeones. Cargo que, á ser cierto, echaria inmensa responsabilidad sobre el gobierno que consintió el hecho, y que perjudicaria sobremanera al buen nombre del partido que ese mismo gobierno representaba. De todos modos, siempre resultará la muy sensible verdad de haber sido vertida sangre de hermanos; por más que, como preciso es creerlo, obrasen para ello los gobernantes obedeciendo á la idea de que ante la salvacion del principio de autoridad no hay consideracion posible. Idea de completa cabida, por muy lastimosa que sea su práctica, en países en que semejante acontecimiento, por lo antiguo y arraigado de las instituciones, es una excepcion, y por tanto, que puede ser eficaz el remedio de castigarlo con extremado rigor; pero á nuestro modo de ver, contraproducente en aquellos en que la inexperiencia, la falta de educacion política, tienen que hacerlos pasar inevitablemente por grandes convulsiones. La práctica de la apuntada idea, en los que se hallan en semejante caso, sólo logra encender más y más las pasiones: porque ningun alimento más eficaz para ello que la sangre derramada en las revueltas civiles. Y tan es así, que rara vez terminan éstas á efecto del esfuerzo de los contendientes.

Con este lastimoso paréntesis corrieron tranquilos los tiempos en que el señor Pereira, y su sucesor el señor don Bernardo P. Berro, persona de mucha ilustracion, de patriotismo y honradez, ejercieron el sumo imperio del Poder Ejecutivo.

Este período de tranquilidad, el más duradero de que ha disfrutado la república del Uruguay, desde que proclamada quedó su independencia, dió grande ensanche á la riqueza y bienestar del país, y aprovechó más que á ninguna de sus comarcas, á la capital y sus cercanías.

Merced á una administracion bastante ordenada, fué desahogada la situacion del Tesoro. Y como por las guerras sostenidas y por el despilfarro dimanado de anterior carencia de ella, eran muchos los empleados, tanto civiles como militares, empezaron éstos á gozar de posicion pecuniaria, que les permitia gastar: cosa, en verdad, á que muy aficionados son en general los hijos de aquella tierra. Pero á gastar en provecho positivo del comercio; esto es, con el dinero en mano, produciendo gran consumo y dando de consiguiente grande aumento á las rentas públicas.

(Se concluirá.)

MIGUEL LOBO.

(1) Ignoramos la fecha en que principió su demolicion. Perdónenos nuestros lectores si cometemos error de época.

LOS LEBRELES.

No intentaremos clasificar zoológicamente estos hermosos animales, variedad muy apreciada de esa numerosa familia que se conoce con el nombre genérico de perros de caza.

Los lebreles, vigorosos y elegantes corredores, lo mismo persiguen la liebre y el ciervo, que el lobo y el oso de la montaña; igualmente se lanzan con la velocidad del rayo detrás del antílope ó de la cebra, como en pos del chacal ó de la pantera de los desiertos.

Los lebreles en la caza vienen á constituir el *sport* de este aristocrático y noble ejercicio, y tienen algo de fantástico, algun ténue reflejo de las costumbres caballerescas de otros siglos, esas partidas que se forman todavía en Inglaterra y en Suiza, y tambien en algunas provincias de nuestra España, de atrevidos jinetes que conducen traillas de adiestrados lebreles, para perseguir las liebres y los gamos al través de espesos bosques y dilatadas llanuras.

Á una señal, cada cazador se pone en marcha guardando las distancias convenientes.

Resuenan en el aire los gritos de los ojeadores y monteros que levantan la caza; y aunque algunos tímidos conejos atraviesen el campo, á la vista de los lebreles impacientes, éstos, como si conociesen que están reservados para triunfos más difíciles, los dejan huir á esconderse en sus madrigueras.

De repente grita una voz:

—¡Á la liebre! ¡Á la liebre!

Y este grito es repetido por todos los cazadores y ojeadores.

En efecto; una hermosa liebre acaba de pasar, á tiro de pistola, por delante de aquellos, rápida como una exhalacion eléctrica, casi arrastrándose por el suelo y con sus largas orejas tendidas y como pegadas sobre el lomo.

Los lebreles la han visto, y en el momento rompen la cuerda que les sujeta, y lánzanse en seguimiento del ligero animal, dando saltos inmensos y casi imposibles, mientras los jinetes entusiasmados les siguen, corriendo á brida suelta hasta perder el aliento.

Pero la liebre ha ganado terreno, y corre como una saeta dirigida por certera mano.

Y sin embargo, el pobre animal, como si adivinase el peligro al verse perseguida por lebreles, se olvida de sus astucias ordinarias, y sólo busca su salvacion en una carrera cada vez más rápida y desesperada.

Inútil, no obstante; porque algunos momentos despues la alcanzan los *galgos* corredores, se arrojan sobre ella y la agarran con sus afilados dientes, sin darle tiempo para dar un chillido.

—¡Bravo! ¡Hurra!—gritan entónces los jinetes que han seguido al galope detrás de los perros, y presenciado la victoria de éstos.

Otras veces, la liebre, perseguida de cerca por los perros, se detiene de repente, se vuelve y emprende la fuga, cruzando por debajo de las patas de sus perseguidores, en sentido inverso.

Los lebreles, despues de algunos saltos, se paran tambien indecisos, como asombrados por la desaparicion del ligero animal que perseguian.

Pero los gritos, las indicaciones de los jinetes y de los monteros les colocan de nuevo sobre la pista; ven la liebre, y ciegos de coraje, no corren, vuelan entónces para ganar el terreno perdido, y es bien seguro que ya no son engañados segunda vez.

En Francia, la caza con lebreles está prohibida desde 1844, en virtud de las quejas que elevaron al gobierno de Luis Felipe I los propietarios de Bretaña y Normandía, que vieron talados sus campos, en tres épocas sucesivas, por los cazadores.

En la Argelia está en uso, y es el ejercicio más

comun á que se entregan los militares franceses de guarnicion en aquella colonia.

Los dos bellos lebreles que aparecen en el grabado de la pág. 60, son el retrato fiel, debido al lápiz del hábil dibujante M. Lanzon, de los *slougis* escoceses, magníficos perros que posee el cazador infatigable y afortunado en Francia y en Argelia, el vizconde de Dax.—X.

EL CASTIGO DEL CEPO EN INGLATERRA.

MODELO DE NACIONES CULTAS.

Si realmente son las penas aflictivas hijas y compañeras de la esclavitud, como quiere un célebre criminalista frances, ó el último eslabon de la larga y pesada cadena de la esclavitud, segun se expresa M. de Girardin, es lo cierto que en la civilizada y filantrópica nacion inglesa se usan todavía algunas penas dignas de los tiempos más crueles de la Edad Media.

Aun están copiando los periódicos españoles cierta narracion histórica que ha publicado *La Liberté* de Paris, relativa á una ejecucion inhumana *[pil cat-o-nine tails]* que há pocas semanas ha tenido lugar en Lóndres, en la persona de William Ferry,—ejecucion que consiste sencillamente en aplicar al sentenciado veinticinco latigazos, por mano de verdugo;—y en verdad que al leer el escrito del diario francés, que responde de la exactitud de los hechos bajo la fé de un testigo ocular, parécenos estar leyendo una fábula increible, un relato que pugna con las costumbres de nuestro tiempo, una página horrible de la historia de los siglos bárbaros.

Y sin embargo, todavía se usan en Inglaterra otros castigos tan vergonzosos.

No hace muchos dias hemos leido en un periódico inglés, que cierto pobre anciano, de setenta años, Patrick Flynn, bajo la acusacion de haber *intentado* robar un saco de harina en una tienda de comestibles, habia sido condenado por el tribunal de Oil-Railly, á pagar una multa de cinco *chelines*, en el término de una semana, ó á ser colocado en el cepo *[stocks]* por espacio de veinticuatro horas.

Pero ¿qué es el *cepo?*

Véase nuestro grabado de la pág. 61, donde gráficamente aparece retratado aquel extraño instrumento: los criminales quedan atados, por decirlo asi, de piés y manos entre las tablas del *stock*, ajustadas perfectamente por medio de tornillos.

En algunas ocasiones, el castigo del *stock* es público, y los transeuntes hallan muchas veces en las calles de Sunderland ó en las afueras de la gran metrópoli inglesa, uno ó más aparatos de esta clase, que *custodian* algunos borrachos encontrados en la via pública, durante la noche, por los vigilantes *constables*.

Habia caido en desuso, lo reconocemos, tal género de castigo; mas hoy es bien frecuente en Inglaterra, desde que el tribunal de Sunderland empezó á aplicarlo con rigor inusitado, para corregir el hediondo vicio de la embriaguez *[drunkenesses]*, dominante en el distrito.

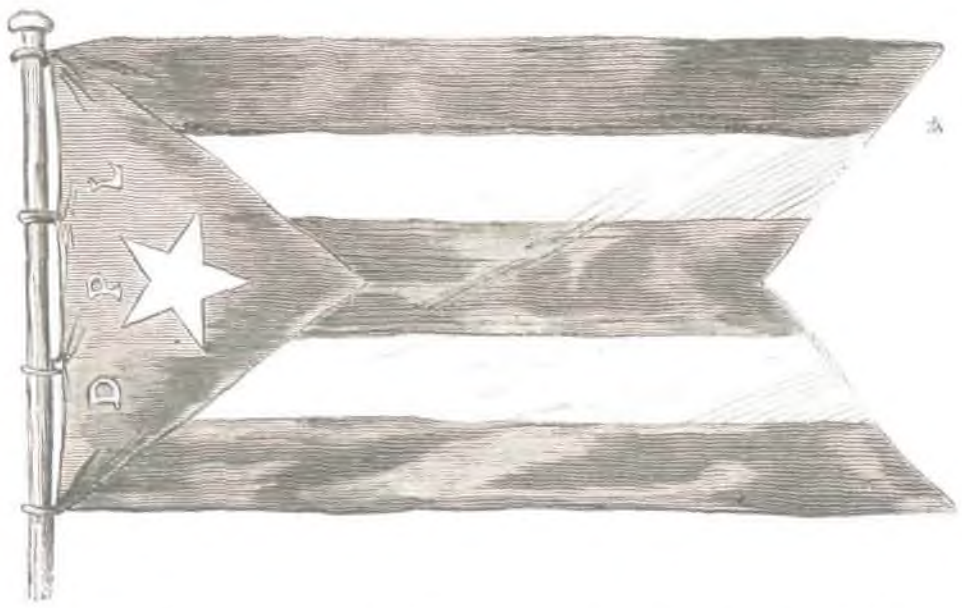
De todos modos, no es la nacion inglesa, donde se usan todavía como penas aflictivas los azotes y el *stock*, la que debe dar lecciones en nuestro siglo de humanitarismo y filantropía.

MONUMENTO AL GENERAL PRIM.

En las págs. 53 y 64 presentamos la vista en perspectiva y la planta baja de un monumento ecuestre al malogrado marqués de los Castillejos, segun el proyecto concebido por el conocido arquitecto catalan don Miguel Garriga y Roca.

Tal pensamiento fué iniciado en 1860, en honor del ejército expedicionario de Africa, cuando éste regreso triunfante á la madre patria.

El dibujo, segun se ve, representa el episodio más brillante de la famosa batalla de Castillejos: en la cima de una quebrada loma, que figura ser la montaña donde tuvo lugar el combate, descuella la estátua del general Prim, sobre un corcel encabritado, á semejanza de la estátua de Pedro *el Grande*, que admiran los inteligentes en la plaza Real de San Petersburgo; huella el fogoso bruto cadáveres de moros, y el jinete alza la bandera de Castilla, y aparece en ademan de dirigir á los bravos que le siguen aquellas enérgicas palabras que conservará perpétuamente la historia de la patria.



ISLA DE CUBA.—Bandera apresada á los insurrectos por voluntarios catalanes.

El peñasco está flanqueado por ocho grupos de soldados y trofeos militares, éstos con escudos de armas é inscripciones alusivas en los zócalos, y representan el ejército español; y el citado peñasco, en forma de basamento, descansa sobre una verde praderilla, ceñida de elegante verja, que á la vez sirve de resguardo y de complemento de la decoracion.

BARCELONA.—Proyecto de monumento en honor del general Prim.—Planta baja.

El autor del proyecto opina muy acertadamente, que para el emplazamiento de este airoso monumento podrian escogerse los puntos que más indicados vienen siendo por la opinion para tal objeto; esto es, la plaza de la Armería ó el Prado, en Madrid, ó bien el centro del Parque proyectado en el solar de la ciudadela de Barcelona, patria adoptiva del ilustre general Prim.

ESPAÑA EN CUBA.

Desde el malhadado dia en que fué enorbolado en Yara el pabellon separatista, un grito patriótico está sin cesar resonando en la heróica nacion de Hernan-Cortés y de Pizarro.

—¡A Cuba!—dice la vulnerada España.

—¡A Cuba!—responden con eco unísono todas las provincias.

Y á Cuba marchan, ganosos de lauro, los castellanos y los cántabros, los andaluces y los catalanes, dispuestos á vencer ó á morir, á aniquilar para siempre una insurreccion injusta ó á derramar su sangre generosa en aras de la integridad de la patria,—en esa lucha fratricida que así lastima á los vencedores como á los vencidos, y consume tesoros sin cuento, y convierte en teatro de destruccion los frondosos oasis y lozanas plantaciones que esmaltan el fértil suelo de la hermosa reina de las Antillas.

A Cuba fueron los arrogantes voluntarios catalanes, cuyo porte airoso y pintoresco traje hacen recordar los históricos almogavares, y pensar tambien en que los bravos hijos del principado de Cataluña renovarán ahora, si la ocasion se les presenta, las casi mitológicas hazañas de los antiguos héroes de Grecia y de Sicilia, al enérgico clamor de *¡desperta, ferro!*

Un retrato, copia del natural, de uno de estos valientes, publicaremos en el número pr[illegible]mo: sereno contempla el altivo volu[illegible]rio, próximo á embarcarse, las olas [illegible] mar, cuya azulada superficie surcará [illegible] breve la nave que habrá de conducir[illegible] las remotas playas cubanas.

Otros compañeros le precedieron e[illegible] mismo camino, y no han regresado...

Muchos combaten aún por la honr[illegible] la patria, y ornan su frente con envi[illegible]bles laureles.

De dos trofeos de gloria, mudos [illegible] elocuentes testigos de la bravura de [illegible] tercios catalanes, damos copia exacta [illegible] este número: el primero de la pág. [illegible] representa una canoa, de forma ele[illegible]te, vaciada en un solo tronco de árb[illegible] que fué apresada por aquellos en[illegible] aguas de Cuba, y pertenecia á los in[illegible]rrectos de la manigua; y el primero t[illegible] bien en esta página, es una bandera [illegible] los mismos insurrectos, con los co[illegible] blanco y rojo, y una estrella solitaria [illegible] campo azul.

Ambos objetos fueron remitidos por los volunt[illegible] catalanes á la diputacion provincial de Barcelon[illegible] estaci rporacion les guarda como prendas de ine[illegible]mable valía.

Por lo demás, son varias las banderas que he[illegible] visto de los insurrectos cubanos, aunque no t[illegible] iguales.

Riquísima es la coleccion de banderas regalada[illegible] Museo de Artillería por el general Caballero de [illegible]das; una tambien posee el Excmo. señor don J[illegible] Emilio Santos, intendente general de Hacienda [illegible] ha sido en la isla de Cuba; otra guarda el Ilmo. se[illegible] don Cesáreo Fernandez, ex-secretario del gobie[illegible] superior político de la misma Antilla, y otra conse[illegible] el actual ministro interino de la Guerra, gene[illegible] Carbó, única en la que hemos leido estas palabras: *¡Muera España!* en letras rojas.

¡Quiera el cielo, en fin, que termine pronto la s[illegible]grienta lucha, y vuelvan coronados de laureles á [illegible] hogares los bizarros defensores de la integridad [illegible]cional!

ANUNCIO.

Nunca debe de mirarse con abandono el estado de cons[illegible]cion, pues á la larga puede traer graves accidentes. Mu[illegible] personas tienen costumbre de combatir la constipacion por [illegible] purgantes: es un error grave: el mal se agrava en vez de [illegible]carse: los purgantes pueden disipar momentáneamente la [illegible]tipacion, pero irritan inútilmente el estómago y los intesti[illegible] y la enfermedad que se ha querido combatir vuelve más p[illegible]naz que nunca.

Existe para vencer la constipacion un medio que empie[illegible] difundirse á causa de su incontestable eficacia; todos los q[illegible] emplean hacen su elogio.

Este medio consiste en tomar, ántes y despues de cada c[illegible]da, una cucharada grande de *Carbon de Belloc*. Las pers[illegible] que experimenten repugnancia para tomar el polvo pu[illegible] reemplazarlo por las *pastillas de Belloc*. Dos ó tres pastilla[illegible]tes y despues de cada comida hacen el mismo efecto. Al cab[illegible] muy poco tiempo, la constipacion desaparece completame[illegible] Es bueno, sin embargo, continuar todavía durante algunos [illegible] el empleo del carbon, que nunca tiene inconvenientes.

Hé aquí además algunas observaciones extraídas de la [illegible]cion aprobada por la Academia de medicina de Paris, en [illegible]sion de 27 de Diciembre de 1849:

«M. Deh..., *médico-veterinario* en Luneville, ha sido víctima [illegible]rante un año de una gastralgia con constipacion pertinaz, [illegible]bres de estómago: estos calambres habian reducido al enfer[illegible] una gran flaqueza y provocado una ictericia. M. Deh..., habia [illegible]picado sin éxito una dieta severa, laxantes, pociones calma[illegible] bismuto con magnesia. Le indicaron el *Carbon de Belloc*, del [illegible] hizo uso con inesperado éxito, y pocos dias han bastado para [illegible]tablecer las funciones del estómago. La constipacion desapar[illegible] la tez se aclaró, y una gordura satisfactoria sucedió á la flaq[illegible]

«M. D..., eclesiástico, tenia desde hacia dos años una gastr[illegible] padecia una constipacion que persistia durante ocho ó diez d[illegible] estaba reducido á una flaqueza y palidez extremadas. Hizo u[illegible] *Carbon de Belloc*, y desde el cuarto dia la constipacion fué des[illegible]da para no volver. M. D. continuó este remedio durante un [illegible] comia toda clase de alimentos, y habia recobrado la salud que [illegible]ca se desmintió despues.

«Madame D..., espantosamente flaca desde hacia dos años, [illegible]rimentaba una repugnancia invencible por la carne y las gra[illegible] tenia una constipacion pertinaz, cefalalgia, padecia dolore[illegible] estómago, principalmente despues de las comidas. Le prescr[illegible] *Carbon de Belloc* en dósis de cuatro cucharadas diarias á las c[illegible]das. El apetito no tardó en manifestarse. Casi siempre hemos [illegible] esta vuelta instantánea del apetito despues de la ingestion d[illegible] primeras dosis de carbon. La constipacion fué luego vencid[illegible] enferma pudo entonces comer con placer las carnes que ánte[illegible]raba con tanto disgusto. La gordura volvió, y pronto la sal[illegible] restableció completamente.»

Cuando toda constipacion ha desaparecido, es bueno ev[illegible] el vientre cada dia, y si se puede siempre á la misma hora. [illegible] medio, que puede parecer pueril y vanal, es sin embargo [illegible] eficaz para prevenir la recaida.

D. DUPUY DE FRENELLE.

MADRID.—IMPRENTA DE T. FORTANET,
calle de la Libertad, núm. 29.